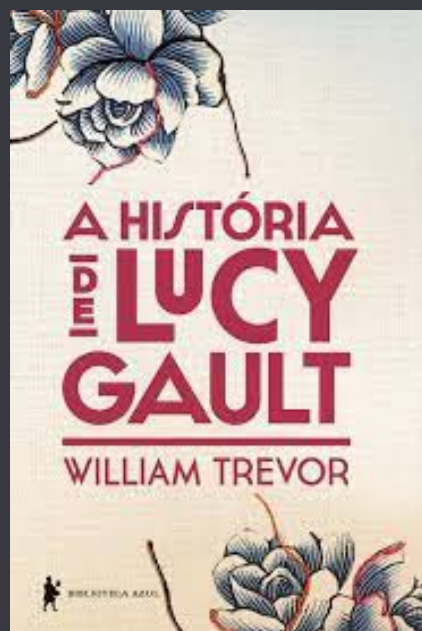




al territorio de
**William
Trevor**



PRIMERA PARTE

El capitán Everard Gault hirió al muchacho en el hombro derecho la noche del 21 de junio de 1921. A oscuras, apuntando por encima de las cabezas de los intrusos, disparó un único tiro desde una ventana del piso superior y vio que tres figuras se escabullían rápidamente: el herido, ayudado por sus compañeros.

Habían ido a prenderle fuego a la casa, pero su visita era esperada, pues ya habían estado allí antes. En aquella ocasión habían acudido más tarde, poco después de la una de la madrugada, y los perros pastores los habían ahuyentado; sin embargo, antes de que transcurriera una semana, los animales yacían envenenados en el patio y el capitán Gault supo que los intrusos regresarían. «En el cuartel no damos para más, señor —le había dicho el sargento Talty cuando acudió desde Enniseala—. Le aseguro que no damos para más, capitán.»

Lahardane no era la única casa amenazada. Todas las semanas ardía una en alguna parte, no importaba el despliegue policial que se hubiera dispuesto. «Quiera Dios que esto acabe algún día», concluyó el sargento Talty, y se marchó. Se había impuesto la ley marcial, pues el país se hallaba sumido en un estado de agitación equivalente a la guerra. No se tomó medida alguna con respecto al envenenamiento de los perros.

La mañana siguiente de la noche del disparo hallaron sangre en los guijarros de la explanada que se extendía delante de la casa y dos latas de gasolina detrás de un árbol. Rastrillaron el lugar y retiraron dos baldes llenos de piedras manchadas.

El capitán Gault pensó que a partir de ese momento todo iría bien, que los intrusos habrían aprendido la lección. Escribió al padre Morrissey, de Enniseala, pidiéndole que transmitiera sus condolencias y su pesar al herido si se enteraba de quién era. No había pretendido herir a nadie, tan sólo que supieran que la casa estaba vigilada. El padre Morrissey le contestó por escrito. «Ese muchacho siempre fue el más loco de su familia», concluía en sus comentarios sobre el suceso. Sin embargo, había cierta torpeza

en aquella carta, en la elección de las frases y las palabras, como si le costara escribir sobre lo ocurrido, como si no comprendiera que él no había pretendido matar ni herir a nadie. Había transmitido el mensaje a la familia, decía, pero no había recibido respuesta.

El propio capitán Gault había sido herido en una ocasión. Desde hacía seis años, cuando regresó inválido de las trincheras, llevaba en el cuerpo fragmentos de metralla que permanecerían allí para siempre. Aquellas heridas habían significado el fin de su carrera militar: seguiría siendo capitán toda su vida, lo cual suponía una profunda decepción para él, pues siempre se había imaginado alcanzando una graduación mucho más alta. Sin embargo, no era un hombre frustrado. Contaba con el gran solaz de su feliz matrimonio, de la hija que su esposa, Heloise, le había dado, y de su casa. En ningún otro lugar podría haber vivido más feliz que bajo el techo de pizarra de sus tres plantas de color gris, con la piedra suavizada por la carpintería blanca de las ventanas y el delicado montante en forma de abanico que coronaba la puerta principal. A la derecha de la casa, una gran arcada daba paso a un patio adoquinado del que salían unos senderos también de adoquines que llevaban a un huerto de manzanos y a un jardín. La mitad del círculo al que daban las habitaciones delanteras era de gravilla; la otra mitad era una extensión elevada de césped, separada de los bosques que ascendían abruptamente por una hilera curva de hortensias azules. Las habitaciones superiores de la parte trasera daban al mar, que se extendía hasta el horizonte.

Los orígenes de los Gault en Irlanda se remontaban a siglos atrás. Procedentes de Norfolk —o eso creían en la familia, sin demasiada certeza— se habían establecido en los confines occidentales del condado de Cork. Un mercenario había instaurado allí su modesta dinastía, tratando de pasar inadvertido por razones desconocidas. En algún momento a principios del siglo XVIII la familia se trasladó al este, ya respetable y acaudalada para entonces, y en todas las generaciones algún hijo continuó la tradición militar de la familia. Adquirieron tierras en Lahardane e iniciaron la construcción de la casa. Abrieron la larga y recta avenida de entrada, plantaron sendas hileras de castaños a ambos lados y desbrozaron los bosques de la cañada. Generaciones posteriores

plantaron el huerto con cepas del condado de Armagh, y el jardín, que siempre había sido pequeño, fue creciendo poco a poco. En 1796, lord Townshend, un vicegobernador inglés, se hospedó en Lahardane; en 1809 lo hizo Daniel O'Connell porque no quedaba un solo dormitorio libre en la Dromana House de los Stuart. De ese modo la Historia rozó el lugar; pero en igual medida recordarían y mencionarían con frecuencia nacimientos, matrimonios y fallecimientos, incidentes domésticos, cambios y mejoras en tal o cual habitación, episodios de ira o reconciliación. En 1847, tras sufrir un ataque de apoplejía, un Gault convaleció allí durante tres años, aunque consciente. En 1872, en seis desastrosos meses de partidas de cartas, perdieron un campo tras otro en favor de los O'Reilly. Del brote de difteria que tan rápida y trágicamente se propagó en 1901, de una familia de cinco miembros sólo se libraron Everard Gault y su hermano. Sobre el escritorio del salón colgaba un retrato de un antepasado cuya identidad había sido un misterio tan lejos como alcanzaba la memoria de los Gault: un semblante sobrio y solemne allí donde no quedaba oculto por el bigote, y desvaídos ojos azules. Era el único retrato en toda la casa, aunque desde que existían las fotografías había álbumes que incluían imágenes de parientes y amigos, así como las de los Gault de Lahardane.

Todo aquello —la casa y lo que había quedado de las tierras de pastoreo, la orilla del mar bajo los acantilados de pálida arcilla, el sendero que discurría a lo largo de la costa hasta la aldea de pescadores de Kilauran, la larga avenida en la que ahora las ramas altas de los castaños se tocaban— formaba parte de Everard Gault tanto como las facciones de su rostro, los rasgos familiares que se parecían a los del retrato del salón, el lacio cabello oscuro. Alto y de espalda recta, aquel hombre que no ocultaba nada de sí mismo y tenía ya pocas ambiciones había aceptado hacía mucho que su destino era mantener en buen estado la que había sido su herencia, atraer abejas a sus colmenas, arrancar los manzanos que no habían enraizado y sustituirlos por otros. Él mismo desholinaba las chimeneas de su casa, preparaba la argamasa y reemplazaba los cristales de las ventanas. Reptando por el tejado reparaba las pequeñas goteras que aparecían de cuando en cuando con una cola

que introducía a presión en el emplomado y que era eficaz durante un tiempo.

En muchas de esas tareas lo ayudaba Henry, un hombre fornido y lento de movimientos que a la luz del día rara vez se quitaba el sombrero de la cabeza. Años atrás Henry se había casado e instalado en la casita del guarda, de la que él y Bridget eran los únicos ocupantes, puesto que no habían tenido hijos y los padres de Bridget ya no vivían. Su suegro, con dos hombres a sus órdenes, había cuidado de los caballos y se había encargado de todo lo que ahora se ocupaba Henry en el patio y en los campos. Su suegra había trabajado en la casa, y la madre de su suegra antes que ella. Bridget era tan fornida como su marido, de hombros anchos y fuertes, y muy capaz: la cocina estaba enteramente a su cargo. La criada, Kitty Teresa, asistía a Heloise Gault en las tareas que antaño realizaban varios sirvientes; la vieja Hannah, por su parte, acudía andando desde Kilauran una vez por semana para lavar la ropa, las sábanas y los manteles, y para fregar las baldosas del vestíbulo y los suelos de piedra de la parte de atrás. El antiguo estilo de vida ya no era posible en Lahardane. La larga avenida discurría a través de las tierras que habían pasado a manos de los O'Reilly en la mesa de juego, momento en que a los Gault les quedaron tan sólo los pastos suficientes para mantener un modesto rebaño de vacas frisonas.

Tres días después del disparo, Heloise Gault leyó la carta del padre Morrissey, dio la vuelta al papel y volvió a leerla. Era una mujer esbelta y de complexión menuda, de cerca de cuarenta años, que peinaba su largo cabello rubio para complementar sus facciones, a las que éste confería una belleza recatada con un punto de severidad que su sonrisa contradecía constantemente. Sin embargo, esa sonrisa no se había dejado ver mucho desde la noche en que un disparo la había despertado.

Aunque no era una mujer pusilánime, Heloise Gault estaba asustada. También ella procedía de una familia de militares y había encajado con calma, unos años antes de su matrimonio, el hecho de quedarse prácticamente sola en el mundo al morir su madre, que había enviudado durante la guerra de los bóers. El coraje era algo natural en ella en los momentos difíciles, pero no estaba ahí como

ella imaginaba cuando comprendió que habían intentado quemar hasta los cimientos la casa en que dormían ella, su hija y su criada, sin olvidar el envenenamiento de los perros, la carta sin respuesta a la familia del muchacho y la sangre en los guijarros.

—Tengo miedo, Everard —confesó al fin, incapaz ya de guardar para sí sus sentimientos.

Se conocían bien el uno al otro. Tenían en común cierto estilo de vida y un orden de prioridades vitales. Ambos habían conocido de jóvenes la experiencia de la muerte, lo cual los había unido, y en su matrimonio se había vuelto muy valiosa la sensación de familia que les ofrecía el nacimiento de una hija. Heloise siempre había imaginado que daría a luz a varios hijos y todavía albergaba la esperanza de tener otro al menos. Mientras tanto, su esposo le aseguraba que la falta de un varón que heredara Lahardane no suponía ningún fracaso por su parte, y Heloise no sentía sino gratitud —mayor a medida que crecía su única hija— por aquel solitario nacimiento y por aquella trinidad sustentada en el afecto.

—No es propio de ti tener miedo, Heloise.

—Todo esto ha ocurrido por mí, porque soy inglesa.

Heloise insistía en que era ella quien motivaba aquel hostigamiento, pero su marido no lo creía. Le recordó que lo que habían intentado en Lahardane formaba parte de unos hechos que se repetían por toda Irlanda. La naturaleza de la casa, la posesión de tierras, aunque hubiesen menguado, y la conexión familiar con el ejército habrían bastado para acarrearles esos trastornos nocturnos. Y debía admitir que no podía decirse que la postura que él había adoptado hubiese ayudado a sofocar aquellos impulsos destructivos, fuera cual fuera su origen. Durante un tiempo, Everard Gault durmió por las tardes y permaneció alerta por las noches; y aunque nadie perturbó su vigilia, esa preocupación y la aprensión de su esposa crearon en Lahardane un desasosiego más profundo aún, un nerviosismo que afectaba a todos y que acabó por incluir a la pequeña de la casa.

A punto de cumplir nueve años, Lucy había trabado amistad con el perro de los O'Reilly. Era un animal grande y retozón, mezcla de setter y perro cobrador, que se había colado en el jardín de los

O'Reilly hacía cosa de un mes. Debía de proceder de alguna casa abandonada recientemente —eso suponía Henry—, y los perros de los O'Reilly habían acabado aceptándolo tras cierta hostilidad inicial. Henry decía que era un animal inútil y el padre de Lucy que un incordio, en particular cuando descendía torpemente por el acantilado para ofrecer su compañía a quien hubiera en la playa. Los O'Reilly no le habían puesto nombre alguno, y si el perro se hubiese marchado, seguramente ni se habrían dado cuenta: eso decía Henry. Cuando Lucy y su padre iban a la playa a tomar su baño matutino, éste lo ahuyentaba cuando lo veía brincar tras ellos sobre los guijarros. A Lucy le parecía que era muy duro con él, pero no se lo decía; como tampoco le decía que cuando se bañaba sola —algo que tenía prohibido— el perro sin nombre se paseaba gruñendo de emoción por la orilla, sin meterse en el agua, corriendo a veces con una de sus sandalias en la boca. Henry decía que era un perro demasiado viejo, pero en la playa, en compañía de Lucy, se volvía un cachorro y jugueteaba hasta tumbarse en el suelo exhausto, con la larga y rosácea lengua colgándole de las fauces. En cierta ocasión, Lucy no logró encontrar la sandalia con la que el perro había estado jugando, a pesar de que se pasó toda la mañana buscándola. Tuvo que rescatar un viejo par del fondo del armario y confiar en que nadie lo notara; y nadie, en efecto, lo notó.

Cuando los perros pastores fueron envenenados, Lucy sugirió que el perro sin nombre se quedara con ellos, pues en realidad nunca había llegado a ser del todo de los O'Reilly; sin embargo, la sugerencia no fue recibida precisamente con entusiasmo, y antes de que pasara una semana Henry había empezado a adiestrar a dos cachorros de perro pastor que un granjero de los alrededores de Kilaوران le había vendido a precio de ganga. Aunque quería muchísimo a sus padres —a él por su trato habitualmente fácil, y a ella por su ternura y belleza—, Lucy estaba enfadada con ellos porque no compartían su afecto por el perro de los O'Reilly, y también lo estaba con Henry, por el mismo motivo. Todo eso tenía que haber dejado atrás aquel verano, y así habría sido de no haber ocurrido aquel incidente.

A Lucy no le dijeron nada. Como no llegó a despertarla, aquel único disparo de su padre se convirtió en sus sueños en el restallar

de una rama que el viento había quebrado. En cuanto a los perros, Henry le dijo que seguramente habían entrado en tierras en las que habían echado veneno. Pero, a medida que transcurrían las semanas, el verano empezó a antojársele distinto, y escuchar a hurtadillas se convirtió en su fuente de información.

—Las cosas se calmarán —comentó su padre—. Se está hablando de una tregua...

—Los problemas continuarán, con tregua o sin ella. No te quepa duda. Es algo que se palpa. Aquí no estamos seguros, Everard.

Desde el pasillo, Lucy oyó a su madre sugerir que quizá deberían irse, que no les quedaba otra opción. No entendió qué pretendía decir con aquello ni qué era lo que debía calmarse. Se acercó más a la puerta entornada, pues el tono de las voces había bajado.

—Tenemos que pensar en ella, Everard.

—Ya lo sé.

En la cocina, Bridget dijo:

—Los Morell se han ido de Clashmore.

—Sí, ya me he enterado. —El pausado tono de Henry llegó a oídos de Lucy, que estaba escondida en el «pasadizo de los perros», como denominaban al corredor que comunicaba la cocina con la puerta trasera—. Ya lo creo que me he enterado.

—Ya son más de setenta los que se han ido.

Henry permaneció en silencio unos instantes y luego dijo que en tiempos como aquél la gente siempre temía lo peor, que el beneficio de la duda se inclinaba del lado equivocado en cualquier desgracia que acaeciera. Los Gouvernet se habían marchado de Aglish, dijo, los Prior de Ringville..., y los Swift, y los Boyce... Por todas partes se oía hablar de gente que se había ido.

Entonces Lucy lo entendió. Entendió lo de la «casa abandonada» de la que el perro sin nombre procedía. Imaginó muebles y pertenencias dejados en las casas, pues de eso también habían hablado. Y una vez que lo entendió, salió corriendo por el pasillo hasta el patio, sin importarle que oyeran sus pisadas y el sonoro portazo que dio al salir, sin importarle que al oírlo supieran que había estado escuchando. Corrió hacia el bosque y bajó hasta

el arroyo, donde hacía pocos días había ayudado a su padre a colocar una hilera de piedras para cruzarlo. Iban a marcharse de Lahardane, de la cañada y de los bosques, de la orilla del mar, iban a dejar las rocas planas sobre las que se formaban pequeñas charcas llenas de quisquillas, la habitación en que se despertaba, el cloqueo de las gallinas en el patio, el glugluteo de los pavos, sus primeras huellas en la arena cuando iba andando al colegio, en Kilaوران, las algas colgadas para predecir el tiempo... Debía encontrar una caja para meter las conchas que tenía sobre la mesa de su habitación, junto a la ventana, las piñas, el palo con forma de daga y los pedernales. No podía dejar nada.

Se preguntó adonde irían y no pudo soportar la idea de un lugar imposible de imaginar. Lloró a solas entre los helechos que crecían a pocos metros del arroyo. «Para nosotros será el final», le había oído decir a Henry, y Bridget había contestado que, en efecto, lo sería. El pasado era el enemigo en Irlanda, había dicho su padre en una ocasión.

Durante todo aquel día, Lucy permaneció en sus escondites secretos de los bosques de la cañada. Bebió de la fuente que su padre había descubierto cuando era un niño y se tumbó sobre la hierba en un claro de sol abierto en la espesura. Deambuló en busca de las ruinas de la casita de Paddy Lindon, la cual nunca había conseguido encontrar. Paddy Lindon solía emerger del bosque como un salvaje, con los ojos inyectados en sangre y aquel cabello que no había visto jamás un peine. Era Paddy Lindon quien le había dado el palo con forma de daga y quien le había mostrado cómo conseguir una chispa de un pedernal. Una vez le había dicho que una parte del tejado de la casita se había venido abajo, pero que la otra estaba bien. «¿Verdad que la lluvia me está destruyendo? —solía decir—. Si no para de colarse a través de ese viejo y maldito techo, ¿no me llevará a la tumba antes de tiempo?»

La lluvia lo hostigaba y atormentaba como un demonio que hubieran enviado a por él, decía. Un día el padre de Lucy anunció: «El pobre Paddy ha muerto», y entonces también lloró.

Dejó de buscar la casita, como tantas veces le había ocurrido. Hambrienta de pronto, regresó a través del bosque hasta el arroyo y salió al sendero que llevaba de vuelta a Lahardane. El único sonido

que oía era el de sus pisadas, o cuando le daba una patada a una piña. En aquel camino se sentía más a gusto que en cualquier otra parte, aunque hasta llegar a la casa fuera todo cuesta arriba.

—¡Mira qué pinta tienes! —la reprendió con estridencia Bridget en la cocina—. Esta niña, ¡como si no tuviéramos ya bastantes problemas!

—No pienso irme de Lahardane.

—Oh..., vamos, vamos...

—Nunca me iré.

—Ve arriba ahora mismo y lávate las rodillas, Lucy. Vamos, antes de que te vean. Todavía no hay nada decidido.

En el piso de arriba, Kitty Teresa le dijo que todo saldría bien; ella tenía la habilidad de ver el lado bueno de las cosas. La había adquirido leyendo las novelas rosas que la madre de Lucy le compraba por unos peniques en Enniseala, y con frecuencia la mujer le contaba a Lucy relatos de desgracias o de amores frustrados con final feliz: las cenicientas llegaban a tiempo al baile, los duelos a espada los ganaba el contendiente más guapo, la humildad se veía recompensada con riquezas... Sin embargo, en esa ocasión Kitty Teresa no era capaz de descubrir el lado bueno del asunto. Al ver su mundo de fantasía hecho añicos, no podía sino repetir que sin duda todo saldría bien.

—No hay otro lugar en que me sienta tan a gusto como aquí —dijo Everard Gault, y Heloise replicó que tampoco lo había para ella. En Lahardane había sido más feliz que en cualquier otra parte, pero el disparo acarrearía la venganza. No podía ser de otro modo.

—Aunque acaben las refriegas no olvidarán esa noche.

—Escribiré a la familia del muchacho. El padre Morrissey dijo que lo intentara.

—Podemos vivir con lo que yo tengo, ya lo sabes.

—Deja que escriba a la familia.

Heloise no protestó. Ni lo hizo más adelante, cuando las semanas siguientes no llevaron respuesta alguna a la carta; ni después, cuando su esposo fue en el calesín a Enniseala para visitar a la familia a la que había ofendido. Le ofrecieron té, que él aceptó creyendo que se trataba de un signo de reconciliación;

estaba dispuesto a pagar lo que le pidieran para dar por resuelto el incidente. Ellos escucharon su sugerencia entre niños descalzos que entraban y salían de la cocina; uno de ellos movía ocasionalmente la rueda del fuelle y un restallar de chispas surgía de la turba. Pero no obtuvo respuesta, aparte de las cortesías de rigor. El hijo que había resultado herido estaba sentado a la mesa, mirando al visitante con recelo, callado y con el brazo en cabestrillo. Al fin y al cabo, dijo el capitán Gault —y se sintió avergonzado e incómodo al hacerlo—, el propio Daniel O'Connell se había alojado en su día en Lahardane. El nombre era legendario, pues aquel hombre era el venerado defensor de los oprimidos; pero el tiempo, en aquella casa al menos, había despojado de magia al pasado. Aquellos tres muchachos habían salido a cazar conejos y se habían extraviado. No debían haber entrado en su propiedad, sin duda, eso lo admitían. El capitán Gault no mencionó las latas de gasolina y luego regresó a Lahardane, a una noche más de vigilia.

—Tienes razón, Heloise —admitió ante su esposa unos días después—, como siempre.

—En esta ocasión detesto tenerla.

Everard Gault había sido dado por desaparecido en 1915; aquella espera, sin saber nada de él, había sido la época más solitaria de la vida de Heloise. Su hija, entonces de dos años, había sido su mayor consuelo. Un día llegó un telegrama. Después de leerlo cerró los ojos, impulsada por un sentimiento de alivio egoísta. El ejército había dado de baja a su esposo por invalidez. Entonces se juró que jamás volvería a permitir que la separasen de él. Esa determinación era una muestra de gratitud por aquella benévola desgracia.

—Durante todo el tiempo que pasé en aquella casa tuve la sensación de que pensaban que realmente quise matar a su hijo. No creyeron ni una sola palabra de lo que les dije.

—Everard, nos tenemos el uno al otro y tenemos a Lucy. Podemos empezar de nuevo, en alguna parte, en el lugar queelijamos.

A Everard Gault su esposa siempre le había transmitido fuerzas; su consuelo era un bálsamo para el tedioso dolor de las pequeñas derrotas. Ahora, en aquel serio aprieto, se las apañarían.

Vivirían, como había dicho Heloise, de lo que ella había heredado; no eran pobres, aunque nunca serían tan acaudalados como lo habían sido los Gault antes de que perdiesen las tierras. En cualquier otro lugar sus condiciones de vida no serían muy distintas de las que tenían en Lahardane. La tregua que por fin se había alcanzado en la guerra apenas se notaba, de manera que poco se podía confiar en ella.

Las conversaciones continuaron tanto en el salón como en la cocina. Era siempre el mismo tema, abordado desde dos puntos de vista distintos. Desconsolada por todo lo que oía, la criada preguntó qué pasaba y se lo contaron. Lahardane también era el hogar de Kitty Teresa; lo había sido durante más de veinte años.

—¡Oh, señora! —musitó poniéndose colorada y retorciendo con los dedos el dobladillo del delantal—. ¡Oh, señora!

Pero si aquello suponía el fin para Kitty Teresa, no lo era tanto para Henry y Bridget, al menos no hasta el punto que habían imaginado. A la hora de hacer planes, les comunicaron que podrían continuar ocupando la casita del guarda como custodios de la casa grande, y que de momento les cederían las vacas para asegurarles una forma continuada de ganarse el sustento.

—Os irá mejor con lo que os den en la lechería que con el salario que podamos pagaros —calculó Heloise—. Creemos que es más justo así.

Sólo el tiempo, añadió el capitán, podría apaciguar toda aquella confusión.

Irían a Inglaterra, le dijo por fin Heloise a su hija, después de haber prometido a Kitty Teresa buscarle otro trabajo y tras haber avisado a la vieja Hannah.

—Será por mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Lucy, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí, por mucho tiempo.

—¿Para siempre?

—Nosotros no queremos que sea así.

Pero Lucy sabía que lo sería. En el caso de los Morell y los Gouvernet lo había sido. Los Boyce se habían trasladado al norte, había dicho Henry, y la casa iba a ser subastada. Lucy imaginó lo

que eso significaba por su tono de voz, pero Henry se lo explicó de todos modos.

—Lo siento —le dijo su padre—. Lo siento, Lucy.

Era culpa de su madre, pero también de él. Los dos eran culpables del triste silencio de la vieja Hannah y de los ojos enrojecidos de Kitty Teresa y su delantal empapado por las lágrimas, que no paraban de correr a lo largo de las mejillas y el cuello, provocando que Bridget le dijese veinte veces al día que parase de una vez. Henry deambulaba alicaído por el patio.

—¡Oh, estás hecha un figurín! —exclamó con tono fingido su padre en el comedor una mañana que Lucy llevaba el vestido rojo.

La madre sirvió el té en el aparador y llevó las tazas con sus platillos a la mesa.

—Alegra esa cara, cielo —le dijo ladeando la cabeza, y de nuevo le rogó—: Vamos, alegra esa cara...

Henry pasó frente a la ventana con los cántaros de leche en el carro y, sin alegrarse un ápice, Lucy escuchó el ruido de los cascos del caballo, que se apagó progresivamente a lo largo de la avenida. Tardaba dos minutos en extinguirse del todo; una vez, durante el desayuno, su padre lo había cronometrado con el reloj de bolsillo.

—Piensa en las pobres niñas gitanas —le dijo su madre—, que no tienen un techo bajo el que cobijarse...

—A ti nunca te faltará un techo, Lucy —le prometió su padre—. Todos tendremos que acostumbrarnos a la nueva vida que nos espera. Debemos hacerlo, damisela.

A Lucy le encantaba que la llamara damisela, pero aquella mañana no le gustó. No veía por qué había de acostumbrarse a una nueva vida. Dijo que no tenía hambre cuando se lo preguntaron, aunque sí tenía.

Más tarde, en la playa, la marea estaba subiendo; las olas borraban las huellas que las gaviotas habían dejado impresas en la arena y cubrían los pequeños montículos levantados por las lombrices. Lucy le arrojó unos tallos de algas al perro de los O'Reilly mientras calculaba cuántos días le quedarían en Lahardane. Nadie se lo había dicho y ella no lo había preguntado.

—Ahora vete a casa —le ordenó al perro señalando el acantilado. Al ver que no la obedecía, imitó la voz de su padre.

Continuó caminando sola, pasó el saliente de rocas que se adentraba como un dedo en el mar y cruzó el arroyo por donde habían colocado las piedras. Cuando hubo ascendido un poco por la ladera del bosque, dejó de oír el ruido de las olas y el repentino y cortante chillido de las gaviotas. Esquirlas de luz brillante se filtraban entre las espesas ramas de los árboles. «Yo nunca he visto el otro lado de la cañada», decía Paddy Lindon. Él le había contado que todos los años cultivaba patatas en un claro que había abierto junto a la casita, pero en aquel momento Lucy no se sentía con ánimos de buscarla.

—¿Quién se viene a Enniseala conmigo? —la invitó su padre por la tarde, y naturalmente ella dijo que sí.

Él se acomodó en el carruaje, adaptando su cuerpo a las curvas del asiento, y cogió las riendas flojas entre los dedos. La primera vez que había ido a Enniseala, le contó a Lucy, tenía cinco años, y lo llevaron para que le cortaran el frenillo.

—¿Qué es el frenillo?

—Una pequeña membrana que tenemos debajo de la lengua. Si está demasiado tensa, la lengua se traba.

—¿Y qué pasa si se traba la lengua?

—Que no puedes hablar con claridad.

—¿Y tú no podías?

—Eso decían. Pero no me dolió mucho. Además, luego me regalaron un juego de canicas...

—Yo creo que sí duele.

—Tú no necesitas que te hagan nada parecido.

Las canicas estaban en el interior de una caja plana de madera cuya tapa se abría deslizándola a lo largo de unas guías. Aún seguía allí, en el salón, junto al juego de la bagatela. Lucy tenía que subirse a un taburete para jugar. Ella sabía que ésas eran las canicas que le habían regalado a su padre, pues él ya se lo había contado una vez. Pero su padre lo había olvidado. A veces se olvidaba de las cosas.

—Hay un pescador en Kilauran que no puede hablar —dijo la niña.

—Sí, ya lo sé.

—Lo hace con los dedos.

—Sí, así es.

—Tendrías que verlo. Los otros pescadores le entienden todo.

—Vaya, eso es genial. ¿Te gustaría llevar las riendas un rato?

En Enniseala el padre compró maletas nuevas en la tienda de Domville, porque no tenían suficientes. Uno de los dependientes salió del almacén y dijo que lo lamentaba mucho. Jamás lo habría creído, dijo. Nunca pensó que viviría para ver ese día.

—Quiera Dios que regrese, capitán.

Su padre no dejaba de asentir con la cabeza, sin decir palabra, hasta que le tendió la mano y llamó al señor Bothwell. Las nuevas maletas a duras penas cabían en el calesín, pero al final consiguieron meterlas.

—Bueno, vámonos —dijo el padre, pero él no subió al carruaje. Por la forma en que su padre la cogió de la mano, ella sospechó enseguida adonde se dirigían.

Su padre podía abrir la puerta de la tienda de Allen sin que sonara la campanilla. Primero la entreabrió un poco, levantó una mano para bloquear el mecanismo y empujó la puerta, dejando el paso franco. Luego fue detrás del mostrador, cogió un frasco de cristal de un estante, volcó unos dulces en una bolsa de papel blanco, la puso en el platillo de la balanza y volvió a tapar al frasco. Los caramelos de toffe y turrón eran los que más le gustaban, y a Lucy también. «Puro sabor a limón», ponía en los envoltorios plateados.

Mientras su padre los pesaba, a Lucy le entraron ganas de reír, como le ocurría siempre, pero no lo hizo porque lo habría echado todo a perder. Su padre abrió entonces la puerta y la campanilla tintineó.

—Cuatro peniques y medio —anunció cuando la muchacha de las trenzas emergió de la trastienda.

—¡Es usted un diablo! —dijo la muchacha.

Su padre siempre llevaba las riendas cogidas cuando circulaban con el calesín por la calle. Iba muy tieso, sacudiéndolas alternativamente, primero una y luego otra, una y otra vez, y las agarraba con una sola mano cuando quería saludar a alguien.

—¿Qué quiere decir «y condado»?

—¿Y condado?

—Sí. Driscoll y condado... Broderick y condado...

—«Co.» no significa condado, sino compañía. Y si pone Ltd. significa que es una compañía limitada.

—Pues en el colegio significa condado. Condado de Cork, condado de Waterford.

—Es que tienen la misma abreviatura. Las palabras se acortan para no tener que escribir tanto, por ejemplo, en los mapas o en los letreros de las tiendas.

—Es gracioso que se abrevien igual.

—¿Te gustaría llevar las riendas?

En el carruaje olía a cuero, pero cuando abrieron las maletas en casa, el olor resultó aún más fuerte. Los baúles estaban medio llenos, con las tapas abiertas, sujetas por cintas que se plegaban al cerrarlas. Henry medía las ventanas para taparlas con tablones.

—A ver, ¿quién nunca ha montado en tren? —preguntó su padre de esa forma suya, como si ella aún tuviera tres o cuatro años. Él solía coger el tren cuando iba al colegio, tres veces al año. Todavía conservaba el baúl y el estuche con sus iniciales pintadas en negro. Lucy le pidió que le contara cosas del colegio y él le respondió que lo haría más adelante, en el tren. Ahora todo el mundo estaba ocupado, dijo.

—Yo no quiero irme —comentó Lucy cuando fue a ver a su madre al dormitorio.

—Papá y yo tampoco queremos irnos.

—Entonces, ¿por qué nos vamos?

—A veces nos vemos obligados a hacer cosas que no deseamos hacer.

—Papá no pretendía matar a esos hombres.

—¿Henry te ha contado eso?

—No ha sido Henry. Y Bridget tampoco.

—No eres nada agradable cuando estás enfadada, Lucy.

—Yo no quiero ser agradable. Y no quiero irme con vosotros.

—Lucy...

—No iré.

Salió corriendo de la habitación y se fue hasta las piedras que cruzaban el arroyo. Fueron a buscarla, llamándola a gritos por el bosque, hasta que la encontraron, pero no oyeron nada de lo que la

niña dijo en el camino de vuelta. No querían oír, no querían escucharla.

—¿Quieres venir a la lechería conmigo? —le preguntó Henry al día siguiente, y ella movió de un lado a otro la cabeza con aire compungido.

—¿Tomamos el té fuera? —le propuso su madre sonriendo.

Su padre dijo que le había comido la lengua el gato cuando extendieron el mantel sobre la hierba; había tarta de limón, la favorita de Lucy. Entonces deseó no haber ido a Enniseala con él, deseó no haberle preguntado por el frenillo ni por lo que había escrito en los carteles de las tiendas. Siempre estaban fingiendo.

—Mira —dijo el padre—, un halcón.

Y ella alzó la mirada a pesar de que no quería hacerlo. El halcón no era más que un puntito en el cielo que describía un círculo tras otro. Lucy lo observó y su padre le dijo que no llorase.

Ya no se oía el llanto de Kitty Teresa en los dormitorios porque Kitty Teresa se había marchado; se había ido a su hogar, en Dungarvan, puesto que no habían podido encontrarle otro empleo. Regresaría el mismo día que ellos, lo prometió antes de irse. Desde donde estuviera, regresaría.

—Han alquilado una casa —dijo Bridget en la cocina, y Henry cogió del estante que había sobre los fogones el pedazo de papel con la dirección escrita. Al principio no comentó nada y luego dijo que ya no había más que hablar—. Sólo hasta que se instalen de manera permanente —añadió Bridget—. Yo creo que acabarán comprando una.

En el patio, Henry serraba los tablones para tapar las ventanas. Lucy lo observaba sentada bajo el peral que había junto a la tapia del lado este del jardín. Había empezado a bañarse sola al volver del colegio. Dejaba la ropa debajo de la cartera, se metía en el agua, salía rápidamente y se secaba de cualquier manera. Henry estaba al corriente de esos baños; ella ignoraba cómo se había enterado, pero lo sabía. Si la veía alejarse de allí, con los hombros caídos, Henry probablemente sospecharía adónde iba. Pero le daba igual. No le importaba que la delatara. No era propio de Henry hacer algo así, aunque, tal como estaban las cosas, tal vez lo haría.

En el campo que se extendía sobre el acantilado oyó el tañido de la campana que anunciaba el ángelus en Kilaوران. Unas veces se oía y otras no. Cuando se quitó la ropa en la playa, aún podía oírlo, pero lo perdió en cuanto corrió hacia la orilla y se adentró en el mar. Ésa era la mejor parte: caminar lentamente a través de las olas, con el frío intensificándose y tonificándole la piel, notando el tirón de la resaca en los pies. Extendió los brazos para nadar hasta donde no hacía pie y luego se dejó llevar por la corriente.

La playa estaba completamente desierta cuando llegó a ella. Ahora, mientras nadaba de vuelta, sin poder ver con claridad, le pareció que lo que se movía allí era el perro de los O'Reilly, que perseguía su propia sombra sobre la arena. Lo hacía con frecuencia. El perro permaneció inmóvil unos instantes, buscó a Lucy con la mirada y luego reanudó su juego.

Lucy se puso de espaldas y se dejó llevar. Para escapar cogería el atajo del que solía hablarle Paddy Lindon. «Ve a lo más profundo del bosque, por el lado escarpado —le decía—. Si te adentras lo suficiente encontrarás el camino.» Volvió a nadar hacia la orilla, y cuando el agua fue menos profunda, salió caminando mientras las olas rompían a sus pies. El perro olisqueaba los guijarros y Lucy imaginó que le habría revuelto toda la ropa y que, si se había llevado algo, estaría ya enterrado entre las piedras o bajo las algas. Cuando fue a vestirse se dio cuenta de que la camiseta no estaba. La buscó entre los guijarros y las desiguales hileras de algas que dejaba el oleaje, pero no logró encontrarla.

Desvalido y avergonzado, blanco de las iras de Lucy durante todo el ascenso, el perro sin nombre recorrió el camino encogido de manera lastimosa, hasta que hubo recibido el castigo suficiente. Luego su enmarañada y desaliñada cabeza se apoyó en las piernas de Lucy en busca de caricias, palmaditas y abrazos.

—Ahora vete a casa —le ordenó la niña, y con renovada dureza observó cómo el animal consideraba la posibilidad de desobedecer, hasta que finalmente se lo pensó mejor.

En su habitación, Lucy sustituyó la camiseta perdida por otra que estaba entre la ropa que había apartada para el viaje. Paddy Lindon solía decirle que siempre cogía ese camino cuando iba a las procesiones de Dungarvan o a los partidos de hockey irlandés de

los domingos. Y si estaba de suerte y pasaba algún carro por el camino, le hacía señas.

—Esta maleta es para ti —le dijo su padre. Había vuelto a la tienda de Domville a comprarla. Era azul, no como las otras, y más pequeña, porque Lucy era pequeña. Aunque fuera azul, le explicó, era de piel, y le mostró las llaves, que encajaban en la cerradura—. Sobre todo, no pierdas las llaves... —dijo—. ¿Quieres que me quede yo una? —Lucy no podía sonreír, pero tampoco quería llorar. Todas sus cosas, dijo su padre, sus cosas más preciadas, cabrían en ella: los pedernales, el palo en forma de daga—. Un día haremos que pongan «L.G.» en la tapa.

—Gracias, papá —contestó Lucy.

—Ahora ve y mete en ella tus cosas.

Pero, en su habitación, la maleta azul permaneció vacía sobre la silla que había debajo de la ventana, con la tapa cerrada y las llaves colgando del asa.

—Lo comprendo —dijo Bridget cuando le explicaron que tal vez pasara un tiempo hasta que pudieran enviar a buscar al menos parte de las pertenencias que dejaban. Ella y Henry recibieron instrucciones de darse una vuelta de vez en cuando por las habitaciones, pues en las casas vacías las cosas se estropean. Lucy oyó todo eso.

Las sábanas para cubrir los muebles ya estaban listas en el vestíbulo. En el rellano de la escalera había un montón de ropa que no pensaban llevar y que dejaban para la beneficencia. Había también prendas de Lucy, lo que indicaba que había cosas que sus padres habían dado por sentadas.

—Oh, no llores, cariño... —dijo su madre desde la puerta de la habitación.

Pero Lucy no alzó la vista, sino que permaneció con la cara hundida en la almohada. Entonces la madre entró y la rodeó con los brazos, le enjugó las lágrimas... y ahí estaba aquella fragancia en el pañuelo, siempre la misma. Le dijo que todo saldría bien. Le prometió que así sería.

—Tenemos que ir a despedirnos del señor Aylward —le dijo más tarde su padre cuando la encontró en el huerto de manzanos.

Lucy negó con la cabeza, pero él la cogió de la mano y atravesaron los campos y luego la playa hasta llegar a Kilauran. El perro de los O'Reilly los observaba desde lo alto del acantilado, sabedor de que más le valía no seguirlos, pues su padre estaba allí.

—¿No podría quedarme con Henry y Bridget? —preguntó Lucy.

—No, hija, no —respondió el padre.

Los pescadores estaban tendiendo las redes. Saludaron, y su padre les devolvió el saludo. Comentó algo sobre el tiempo y uno de ellos dijo que estaban haciendo unos días magníficos. Lucy buscó con la mirada al pescador que hablaba con los dedos, pero no lo vio. Le preguntó a su padre y él le dijo que quizá estuviera aún pescando en el mar con la barca.

—Estaría bien con Henry y Bridget —insistió Lucy.

—No, cariño, no.

Lucy tendió la mano en busca de la de él y volvió la cabeza para que no se diera cuenta de que estaba haciendo esfuerzos por no llorar. Cuando llegaron a la escuela, el padre la levantó para que pudiera mirar por la ventana. El aula estaba ordenada porque eran vacaciones. Todo estaba como el señor Aylward decía que debía estar: las cuatro mesas vacías, los bancos arrimados a ellas y los murales colgados. «Las bayonetas se fabricaron por primera vez en Bayona. La sidra se obtiene del jugo de la manzana.» La pizarra estaba limpia y el trapo de borrar descansaba doblado junto a la caja de tizas. Los relucientes mapas —ríos y montañas, condados de Inglaterra e Irlanda— estaban enrollados en la estantería.

—Necesitamos un poco de tiempo —dijo su padre en casa del señor Aylward, inclinando la cabeza hacia ella de manera que Lucy supo que ella no estaba incluida en ese plural.

—Claro, por supuesto —repuso el señor Aylward—. Por supuesto.

—Lo lamento con toda mi alma —continuó su padre—, si he de serle sincero.

Sin embargo, qué otra cosa podía haber hecho, le dijo al señor Aylward, cuando vio las sombras que se erguían delante de su casa, sabiendo que habría gasolina en alguna parte y que quienes

estaban allí fuera eran los mismos que habían envenenado a los perros. Únicamente los nervios explicaban que hubiese disparado en plena noche, dijo. No era de extrañar que nunca hubiese sido un buen soldado.

—No hay un solo hombre con familia que no hubiese hecho lo mismo —lo tranquilizó el señor Aylward.

Henry había dicho que un perro pastor de Lahardane se había internado en tierras en las que habían echado veneno; no había dicho que hubiese muerto, pero lo había insinuado. Henry quería que todo marchara como era debido; él también fingía.

—Continúa con la poesía, muchacha —dijo el señor Aylward—. Es muy buena memorizando poesías, capitán.

—Es una muchachita estupenda.

El señor Aylward la besó y le dijo adiós. Su padre apuró el vaso que le habían ofrecido, le estrechó la mano al señor Aylward y éste dijo que las cosas habían acabado como tenían que acabar. Luego se marcharon.

—¿Por qué llevaban gasolina? —quiso saber Lucy.

—Algún día te hablaré de todo eso.

Dejaron atrás a los pescadores, que en ese momento estaban reparando las redes que habían tendido. Allí era donde las mujeres habían permanecido en pie, oteando el mar, esperando el regreso del *Mary Nell*. Las mujeres estaban allí cuando Lucy pasó de camino al colegio, y allí seguían cuando volvió, con sus ceñidos chales negros que casi les ocultaban el rostro. La tormenta que había hecho naufragar el *Mary Nell* ya había amainado para entonces, y hasta brillaba el sol. «Concédenos tu bendición —habían rezado con el señor Aylward— para que superen sanos y salvos todos los peligros del mar.» Pero ese mismo día se oyeron los lamentos de las mujeres. Ningún pescador regresó, ninguno fue rescatado, porque el vendaval había arremetido contra el bote salvavidas que había llegado de Ballycotton. La corriente no sacó ningún cuerpo junto con los tablones destrozados y los jirones de lona, las astillas del mástil y el botalón. «El mar nunca devuelve a los hombres —dijo Henry—. Ni a la memoria de los vivos ni antes.» Cuando había naufragios, los tiburones acudían a toda prisa desde varias millas mar adentro.

Cuando pasó junto a los pescadores con su padre, a Lucy le pareció que el sonido de los lamentos, el acongojado gemir que surgía al otro lado de las medias puertas de las cabañas, estaba allí de nuevo, como el eco desamparado de unos tiempos terribles que regresaba a otros tiempos igualmente espantosos. La alegría que de vez en cuando llegaba a Lahardane no era real y sólo duraba mientras se acordaban de fingir.

—No quiero irme de Lahardane —dijo Lucy en la playa.

—Ninguno de nosotros quiere irse, pequeña.

Se inclinó y la levantó, como solía hacer cuando era un bebé. La sostuvo en alto y la hizo mirar hacia el mar en calma en busca del hombre que hablaba con los dedos; pero la niña no logró ver un solo barco de pesca, y su padre tampoco. Volvió a dejarla en el suelo y escribió con un guijarro en la arena: «Lucy Gault.»

—Este sí que es un bonito nombre.

Ascendieron el acantilado por el sendero más fácil, hasta llegar al límite del campo de nabos de los O'Reilly, en el que el año anterior había cebada. Cuando el señor O'Reilly desherbaba la cosecha, la saludaba con un ademán.

—¿Por qué tenemos que irnos? —preguntó llorando.

—Porque aquí no nos quieren —contestó su padre.

* * *

Heloise escribió a su banco, en Inglaterra, para explicar lo que estaba a punto de ocurrir y pedir consejo sobre sus acciones, que se hallaban en diferentes empresas de la Compañía Ferroviaria Río Verde. Durante generaciones había existido una conexión familiar con la conocida compañía, pero en aquellas circunstancias —puesto que, al menos durante un tiempo, su herencia desempeñaría un papel importante en su vida y en la de su esposo y su hija— su sondeo no parecía fuera de lugar, y la respuesta del banco confirmó que así era. Inquebrantable y próspera durante casi ochenta años, la Ferroviaria Río Verde empezaba a mostrar signos de lo que se

podía denominar «fatiga empresarial»: le recomendaron que considerara la posibilidad de vender la totalidad de las acciones, o al menos la mayor parte, que durante tanto tiempo habían sido beneficiosas para su familia.

En Enniseala el capitán pidió a su abogado y amigo de muchos años, Aloysius Sullivan, tan entendido en finanzas como en leyes, que le ratificara el consejo del banco. Este era del mismo parecer: con una experiencia comercial de años y con recursos económicos suficientes, la Ferroviaria Río Verde no iba a hundirse de la noche a la mañana, desde luego, pero aun así también él sugería diversificar sus inversiones.

—Todavía tenemos tiempo de pensar en ello hasta que nos vayamos —le dijo el capitán Gault a su esposa cuando regresó a Lahardane. Confirmando una vez más la opinión del banco, el abogado había apuntado que no era algo que debiera decidirse precipitadamente.

Hablaron de cómo sería la vida en Inglaterra, de los muchos aspectos prácticos de los que deberían ocuparse cuando estuviesen menos alterados por las emociones. ¡Qué distintas iban a ser sus vidas!, pensaban para sus adentros, pero ninguno lo decía.

* * *

Las cestas de paja para el pescado colgaban en hilera en la alargada antecocina, junto a la fresquera. Eran planas y no cabía gran cosa en ellas, así que Lucy cogió dos, una cada vez, en días distintos. Buscó pan en el cubo de la basura, un corrusco de blanco la primera vez, y después trozos de pan moreno o sobado, aquel cuya falta menos advirtiesen. Los envolvió en el papel de la tienda que guardaban en los cajones del aparador de la cocina y llenó las cestas con los paquetitos, con manzanas y cebolletas y comida que cogía de su plato cuando nadie se daba cuenta. Guardó las cestas en un cobertizo del jardín al que nadie iba nunca, ocultas detrás de una vieja carretilla.

Después hurgó en el revoltijo de ropa del rellano en busca de una falda y un jersey e hizo un hatillo con ellos, envolviéndolos en un viejo abrigo negro de su madre: por la noche haría frío. En el rellano no se oía otro sonido que el de sus propios susurros, y cuando llevó la ropa a su escondite no se encontró con nadie en las escaleras de atrás ni en el pasadizo de los perros.

La tarde anterior al día de la partida, el capitán Gault revisó sus papeles sintiendo que era algo que debía hacer. Pero la tarea le resultaba tediosa y, tras abandonarla, se puso a desmontar el rifle que había disparado aquella noche. Limpió todas las piezas a conciencia, como previendo un uso futuro, aunque no tenía intención de llevárselo.

—Oh, las cosas volverán a su sitio —musitó más de una vez, convenciéndose a sí mismo. La partida, la llegada, los muebles un día colocados de nuevo en torno a ellos: el tiempo y las circunstancias pondrían en orden sus vidas, como tantas otras vidas en el exilio habían sido puestas en orden.

Luego volvió a hojear sus papeles, esforzándose en concentrarse.

Heloise apretó las correas de cuero de los baúles que ya estaban listos para la partida y puso en cada uno de ellos las etiquetas que había escrito. Preguntándose si alguna vez volvería a ver todo lo que dejaba atrás, distribuyó bolas de alcanfor en los cajones y los armarios, en las mangas y los bolsillos.

Era la hora tranquila del día. Por más barullo que hubiese habido antes, por más que el día se hubiese desarrollado de manera distinta a otros, a esa hora la casa estaba sumida en la calma. No se oía el estrépito de cacerolas que perturbaba las horas previas al anochecer, ni la música en el gramófono del salón, ni cháchara alguna. Sin dar muestras del malestar que aquella tarea le provocaba, Henry llevó escaleras abajo las maletas y los baúles que ya estaban preparados. Bridget puso la manta de planchar sobre la mesa de la cocina y alisó los cuellos que el capitán precisaría para el viaje. En las profundidades de la cocina económica los hierros para la plancha acababan de ponerse al rojo.

Cuando Lucy pasó por delante de la puerta de la cocina, Bridget no alzó la mirada y Henry no estaba en el jardín. Sólo se oyó el fuerte aleteo de unos grajos que, posados en las ramas de los manzanos, echaron a volar en desbandada cuando la presencia de la niña los ahuyentó.

Tomó el camino escarpado, como siempre le aconsejaba Paddy Lindon, evitando el sendero fácil a través de la cañada, pues Henry podía andar por allí. No sabía cuánto tiempo le costaría llegar hasta Dungarvan; Paddy Lindon nunca se lo había precisado. Cuando llegase, no sabría cómo buscar la casa de Kitty Teresa, pero quien la recogiese por el camino sí lo sabría. Kitty Teresa diría que tenía que llevarla de vuelta a casa, pero ya no importaría, porque en lo sucesivo todo sería distinto, sabía que lo sería, lo sabía desde que había comenzado a preparar la huida. En cuanto descubriesen su ausencia, en cuanto se dieran cuenta de lo que había sucedido, todo sería distinto. «También a mí me rompe el corazón —había dicho su madre—. Y a papá. Sobre todo a papá.» Cuando Kitty Teresa la llevara de vuelta dirían que siempre habían sabido que no podían marcharse.

Pasó al lado de una roca recubierta de musgo que recordaba de otras veces que había estado allí, y llegó hasta un árbol caído, que no le sonaba de nada, con largas astillas en la base, por donde se había partido, en las que una podía engancharse fácilmente cuando estuviera oscuro. En ese momento no lo estaba; simplemente apenas había luz, como siempre en el interior del bosque. Pero anochecería en una hora, y tenía que llegar al camino antes de que oscureciera..., aunque ya no había muchas posibilidades de que pasase un carro hasta la mañana siguiente. Apresuró el paso y al poco tropezó, cayendo hacia delante. Un pie se le había quedado atrapado en un agujero. Cuando trató de moverlo, una punzada de dolor le irradió desde el tobillo. No podía levantarse.

—¡Lucy! —la llamó el capitán Gault en el jardín—. ¡Lucy! —No hubo respuesta. El capitán gritó en la puerta de la vaquería para que Henry, que estaba en el fondo, lo oyera—: Si ves a Lucy, dile que he

ido a despedirme del pescador al que no vimos la última vez. —Le explicó que iría por el camino y que volvería por la playa—. Dile que no me vendría mal un poco de compañía.

Volvió a gritar su nombre en la puerta principal de la casa, y finalmente partió solo.

—Hace un rato estaba aquí —dijo Bridget—. La he visto pasar.

No era raro. Lucy desaparecía con frecuencia. Cuando Heloise se cruzó con Bridget en las escaleras, se lo preguntó sin preocupación alguna. Tal vez, supuso Bridget, había ido a despedirse del perro de los O'Reilly.

—Has sido un gran apoyo para mí, Bridget. —En aquel instante de calma y sosiego, Heloise se detuvo antes de volver a su habitación para acabar de preparar las maletas—. Todos estos años has sido un gran apoyo para mí.

—Quisiera que no se marcharan, señora. Quisiera que las cosas fueran distintas.

—Lo sé, lo sé.

En la avenida, el capitán Gault se preguntó cuándo volvería a atravesar la sombra de aquella arcada de ramas que reservaba para sí la mayor parte de la luz. A ambos lados, la hierba, corta, era un modesto brote estival, con corros amarillos aquí y allá de dientes de león y dedaleras, marchitos donde habían crecido a la sombra. El capitán se detuvo al llegar a la casita del guarda, donde la vida proseguiría cuando ellos hubiesen abandonado la suya. Ahora que el momento llegaba, dudó de que algún día pudiera volver con su familia a Lahardane. Tal predicción salió de la nada, como una poco grata repetición de lo que aquellos últimos días había negado para sus adentros.

En el camino de arcilla pálida, más allá de la verja, giró a la izquierda. Las madre selvas estaban llenas de frutos, aunque sin fragancia, y los setos, de fucsias de septiembre.

No tendrían que depender mucho tiempo del legado de Heloise. Vagamente, se vio a sí mismo trabajando en alguna oficina, aunque no sabía muy bien qué tipo de trabajo se realizaba en semejantes lugares. No importaba gran cosa; cualquier ocupación decente

serviría. De cuando en cuando regresarían para comprobar cómo seguía todo, para mantener vivo el contacto. «No es para siempre», había dicho Heloise la noche anterior, y había hablado de ventanas que volverían a abrirse, de muebles que se destaparían, de hogares que se encenderían y de parterres que se desherbarían. Y él había replicado: «No, por supuesto que no.»

En Kilauran conversó con el pescador sordomudo como había aprendido a hacer en su infancia, gesticulando y vocalizando bien. Se dijeron adiós. «No será por mucho tiempo», aseguró, dejando tras de sí su silente promesa, y también entonces le pareció percibir cierta falsedad en el tono. Permaneció un rato de pie sobre las rocas, en las que sobresalían ramilletes de armeria marítima. Sobre la superficie del mar rielaba el último arrebol del crepúsculo. Las olas llegaban suavemente, apenas con espuma. Era lo único que se movía.

¿Había hecho bien en no revelar ni a Heloise ni a su hija las sensaciones que comenzaba a tener sobre el carácter irrevocable de la partida? ¿Debía haber vuelto a casa de la familia de Enniseala para rogar un poco más? ¿Debía haberles ofrecido más, lo que fuera, para compensar la falta en que había incurrido, aceptando que quien había cometido una atrocidad aquella noche había sido él y no los intrusos? No lo supo cuando descendió por las rocas hasta los guijarros, y tampoco lo supo cuando continuó caminando, parándose de vez en cuando a contemplar el mar vacío. Bien podría haberse dicho aquella última noche que había traicionado con excesiva despreocupación el pasado, y que de esa manera había traicionado, con indulgente consuelo, a una hija y una esposa. Era él quien más apego sentía por el lugar y por la gente, por las tierras que les quedaban, por la casa, el huerto y el jardín, por el mar y la playa, él quien alimentaba el instinto y la premonición. Y, sin embargo, cuando rebuscaba en sus sentimientos no había nada en ellos que le sirviera de guía, tan sólo confusión y contradicción.

Volvió hacia el acantilado, haciendo crujir de nuevo los guijarros. Oculta durante un rato por los árboles, la casa reapareció, y en una de las ventanas de arriba se encendió una luz. Su pie tropezó con algo que había entre las piedras y se inclinó para recogerlo.

—¡Lucy! —llamó Heloise, y Henry dijo que seguramente había ido detrás de su padre.

No había podido transmitirle el mensaje del capitán, pero, rebelde como estaba últimamente, quizá hubiera permanecido oculta en alguna parte del jardín y lo hubiese visto partir. Llevaba tres días sin dirigirle la palabra, y a Bridget también. Tal como estaban las cosas, no era de sorprender que no hubiese aparecido para merendar.

Heloise oyó a Henry llamar a gritos a Lucy en el cobertizo del jardín.

—¡Lucy! —gritó ella misma en el huerto de manzanos y en el campo donde estaba el ganado, que era por donde se iba a la finca de los O'Reilly. Después cruzó la portezuela de la verja blanca que separaba los campos de la explanada circular que se extendía delante de la casa, y luego avanzó por la gravilla hasta el césped de hortensias.

Había sido ella la primera en llamarlo así, al igual que había sido ella quien había descubierto que a los campos de Lahardane se les llamaba antiguamente Pradera Larga, Colina de los Tréboles, Campo de John Joe y Campo del Río. Siempre había querido que se utilizaran de nuevo esos nombres, pero nadie se había molestado en hacerlo cuando lo sugirió. Las hortensias estaban en plena floración, su azul aún inconfundible en la penumbra crepuscular cada vez más intensa, amontonadas en el semicírculo que formaban a lo largo del muro de piedra gris, desbordándolo. Siempre le había parecido uno de los detalles más encantadores de Lahardane.

—¡Lucy! —exclamó a través de los árboles, y permaneció inmóvil, escuchando en el silencio. Luego se internó en el bosque y reapareció veinte minutos más tarde en el sendero que bajaba al arroyo—. ¡Lucy! —gritó—. ¡Lucy!

Cuando regresó a casa, siguió llamándola, abriendo las puertas de las habitaciones que no se utilizaban, encaramándose a los desvanes. Después volvió a la planta baja. Permaneció de pie en la puerta principal y al cabo de unos instantes oyó las pisadas de su esposo. Supo que llegaba solo porque no percibía voces. Sintió

crujir la portezuela que ella había cruzado hacía un rato y que el pasador encajaba en su lugar.

—¿Viene Lucy contigo? —preguntó, levantando de nuevo la voz. Las pisadas de su marido en la gravilla se detuvieron. Era poco más que una sombra—. ¿Y Lucy? —insistió ella.

—¿No está aquí?

El se quedó quieto. En la mano llevaba algo blanco, iluminado por un rayo de luz de la lámpara del vestíbulo.

—¡Virgen santa! —musitó Bridget palideciendo.

—Como lo oyes. —Henry asintió lentamente con la cabeza. Estaban en la playa, le contó. El capitán había regresado a través de los campos y entonces los dos habían vuelto a bajar a la playa—. Ha encontrado ropa suya. La marea estaba bajando y él regresaba de Kilauran por la playa. Eso es todo lo que han dicho.

Bridget musitó que no podía tratarse de eso. Lo que Henry estaba diciendo no podía ser.

—¡Virgen santa, no puede ser!

—La marea se lo habría llevado todo, excepto lo que pudiera quedar enganchado en las piedras. El capitán tenía una prenda en la mano. —Henry hizo una pausa—. Hace tiempo que me pregunto si la niña iría a bañarse por su cuenta. Si la hubiera visto, lo habría dicho.

—¿No habrá ido a las rocas? Estos días se la ve deprimida. ¿No habrá ido adonde coge las quisquillas? —Henry no contestó, y entonces Bridget negó con la cabeza. ¿Por qué iba una niña a quitarse la ropa en la playa si no era para bañarse, para darse el último chapuzón antes de la partida?—. Yo también me lo he preguntado a menudo —confesó la mujer—. Algunas veces venía con el cabello húmedo.

—Voy a bajar. Les llevaré una luz.

Cuando se quedó sola, Bridget rezó. Juntó las palmas y sintió frías las manos. Rezó en voz alta, conteniendo las lágrimas. Unos minutos después siguió a su marido a través del jardín y del huerto de manzanos, para cruzar el campo de pastoreo y descender hasta la playa.

Miraban fijamente hacia el mar vacío a través de la oscuridad, sin decir nada. Se limitaban a permanecer el uno cerca del otro, como si temiesen estar solos. Las olas lamían con suavidad la orilla y el mar avanzaba poco a poco a medida que subía la marea.

—¡Oh, señora, señora! —La exclamación de Bridget sonó estridente, sus pisadas ruidosas contra las piedras antes de alcanzar la playa. Hacía tiempo que lo pensaba, se lamentó, y las palabras le salieron atropelladas; las facciones apenas parecían las suyas bajo la luz parpadeante de la lámpara de Henry.

Sin saber cómo reaccionar, el capitán Gault y su esposa se apartaron del mar. ¿Podría haber un rayo de esperanza en toda aquella agitación, una pizca de esperanza donde antes no la había? En su desconcierto, por un instante, la hubo, y fue así para ambos.

—No es que ella nos haya dicho nada, señora. Es sólo que Henry y yo lo pensábamos. Deberíamos habérselo dicho a usted, señor.

—¿Decirme qué, Bridget? —En el tono del capitán había cierta cortesía cansina. Tenía el gesto paciente de quien espera alguna irrelevancia: la expectación se había desvanecido hasta convertirse en nada.

—A veces yo notaba que tenía el pelo un poco húmedo cuando llegaba a casa.

—¿De bañarse?

—De haberlo sabido con seguridad se lo habríamos dicho.

Se produjo un silencio, y luego el capitán Gault dijo:

—Tú no tienes culpa de nada, Bridget.

—Llevaba el vestido estampado con nomeolvides, señor.

—No se trata del vestido.

Heloise le explicó que era la camiseta, y de nuevo anduvieron en silencio hacia donde la habían encontrado.

—Le contamos mentiras —dijo el capitán antes de que llegaran al lugar.

Heloise no lo comprendió. Luego se acordó de las frases tranquilizadoras y de las promesas a medias, sabiendo que éstas quizá no se cumplirían. La desobediencia era la manera que la niña había elegido para rebelarse, y el engaño la moneda con que ellos le habían pagado.

—Sabía que yo siempre me bañaba con ella —dijo el capitán.

El trozo de madera dejado por el mar, donde estaba enganchada la prenda que había encontrado el capitán, seguía allí,

con su pálida y lisa superficie apenas visible en la penumbra. Henry movió la lámpara en busca de algo más, pero no había nada.

Como si hubiese adquirido potencia propia al alimentarse de circunstancias y acontecimientos, la falsedad que había conquistado al capitán, su esposa y sus criados no fue ni cuestionada ni negada. Habían registrado la casa, los cobertizos, el jardín y el huerto. Aunque nada hacía suponer que a esas horas de la noche la niña pudiera estar en el bosque, también allí la habían llamado a gritos; incluso habían hecho una visita a la cocina de los O'Reilly. Tan sólo quedaba el mar: negarle su derecho habría significado no sólo negar la realidad, sino también burlarse de la esperanza.

—Henry, ¿vienes conmigo a Kilauran y salimos en bote?

—Sí, señor.

—Déjales la lámpara a las mujeres.

Los dos hombres se alejaron. Horas más tarde, en una punta de roca que escindía la larga extensión de arena y guijarros, las mujeres encontraron una sandalia entre las charcas de quisquillas.

Los pescadores de Kilauran se enteraron de la desaparición cuando regresaron de faenar al alba. Dijeron que ellos no habían visto nada desde sus embarcaciones, pero entonces aparecieron las supersticiones con que solían salpicar sus charlas de pescadores. Los tiburones, que se alimentaban de la tragedia ajena, tan sólo dejaban los restos de los naufragios, y tampoco gran cosa. También los pescadores lamentaron la muerte de una niña llena de vida.

Al igual que las rocas lamidas por las olas recogían lapas que ocultaban lo que había debajo de ellas, el tiempo transformaría en verdad la mera apariencia. Los días sucesivos, convertidos en semanas, siguieron sin perturbar la superficie que la suposición había creado. El hermoso clima estival continuó sin dar muestras de que semejante interpretación hubiese sido errónea. Aquella única sandalia hallada entre las rocas se convirtió en empapada imagen de la muerte; y así como en Kilauran los lamentos marcaban las aflicciones que el mar acarreaba, en Lahardane lo haría el silencio.

El capitán Gault ya no se pasaba las noches asomado a la ventana del piso superior, sino a solas en el acantilado,

contemplando el mar oscuro y en calma, maldiciéndose, maldiciendo a los antepasados que en su prosperidad habían construido una casa en aquel lugar. A veces el perro sin nombre de los O'Reilly hacía acopio de valor y se acercaba a él, con la cabeza gacha, como si captara su melancolía y, a su modo, le ofreciera comprensión. El capitán no lo ahuyentaba.

Tanto allí como en la casa, todo recuerdo era lamento, todo pensamiento estaba despojado de consuelo. No habían tenido tiempo de grabar sus iniciales en la maleta azul, y, sin embargo, ¿cómo había sido eso posible, cuando ahora el tiempo se prolongaba interminablemente, cuando los días que pasaban, con sus largas y lentas noches, pesaban como siglos?

—¡Oh, mi niña! —musitaba el capitán Gault contemplando un nuevo amanecer—. Oh, hija mía, perdóname.

En el caso de Heloise, el tormento tenía una variante. Arrancados a la fuerza del pasado, desgajados con toda crudeza por su actual sufrimiento, los felices años de su matrimonio se le antojaban puro egoísmo. En las habitaciones de la casa a la que había llegado de recién casada había plasmados recuerdos de todo cuanto fuera tan avariciosamente suyo: la música del gramófono a cuyo ritmo bailaba con Everard, el cual la rodeaba levemente con los brazos, y el manso tictac del reloj del salón cuando leían sentados junto al fuego, en el sofá de respaldo alto, que acercaban al hogar donde crepitaban los troncos. Decepcionado, pero a salvo, su marido había vuelto de la guerra. La niña que había nacido estaba creciendo; Lahardane ofrecía una manera de ganarse el sustento, además de un estilo de vida. Y, sin embargo, si Everard se hubiera casado con otra, el implacable final de aquella cadena de acontecimientos no se habría producido; eso siempre estaba ahí.

—No, no —protestaba Everard, atribuyendo la culpa a algo bien distinto—. Si vuelven, los dispararé hasta matarlos.

Una vez más, para ambos, los perros pastores yacían envenenados en el patio, con sus cuerpos fríos sobre los adoquines. Una vez más, Henry rastrillaba los guijarros manchados de sangre.

—No podíamos darle más explicaciones —susurró Heloise, pero su sentimiento de culpa no disminuyó: a su hija no le habían

dado suficientes explicaciones.

—Me pregunto si ahora se irán —especuló Bridget al ver que los preparativos para la partida no se reanudaban—. Dudo que ya les importe nada de lo que pueda ocurrirles.

—Pero ¿no lo tienen ya todo listo?

—Ahora las cosas han cambiado.

—¿Crees que harán venir de nuevo a Kitty Teresa? ¿Y a Hannah?

—No creo nada. Sólo digo que no me sorprendería, tal como están las cosas.

Bridget siempre había creído que el afecto que el capitán y su esposa sentían por aquel lugar los haría volver cuando el país se hubiese calmado otra vez y pudiese alcanzarse algún arreglo sobre lo del herido. En su esperanzada especulación, le había parecido particularmente significativo que no hubieran vendido el ganado.

—Yo creo que se irán —opinó Henry—. Creo que ahora es cuando más desean marcharse.

Las formalidades pertinentes se cumplieron en la medida de lo posible, hasta donde permitían las circunstancias. La declaración del capitán Gault estaba crudamente despojada de todo sentimiento, pero el funcionario del registro que acudió a Lahardane para tomar nota de ella se mostró emocionado y comprensivo.

—¿Por qué habríamos de esperar? —preguntó Heloise cuando el hombre se hubo marchado—. Si los pescadores de Kilaoran están en lo cierto, no hay nada que hacer. Si se equivocan, lo que queda ante mí es un horror que no puedo asumir. Si soy distinta de las demás madres del mundo, si ellas se arrastrarían por los guijarros y las charcas en busca del hilo de una cinta que pudieran reconocer como de su hija, pues soy distinta. Si soy una madre desnaturalizada, débil y llena de temor, pues lo soy. Sólo puedo decir que en mi despiadado dolor no puedo soportar bajar la mirada y contemplar los huesos despojados de carne de mi hija, y ver confirmados así mis temores.

El dolor era lo que ambos tenían en común, y también lo que los separaba. Uno hablaba y el otro apenas escuchaba. Ambos

evitaban la compasión inútil. No había presentimientos que los ayudaran, ni voces en sueños, ni instinto repentino. Heloise acabó de hacer el equipaje.

Durante el funesto tiempo transcurrido había enviado un telegrama a su banco solicitando que las acciones de Río Verde fueran transferidas al banco de su marido en Enniseala. Así se lo hizo saber a Everard cuando éste se disponía a salir para realizar los últimos trámites con Aloysius Sullivan.

—¿Y para qué quieres que las transfieran ahora? —le preguntó, y se quedó mirándola, presa del asombro—. ¿Para qué van a hacer todo el viaje hasta aquí cuando estamos a punto de marcharnos?

Heloise no respondió. En lugar de ello escribió una nota autorizándolo a recoger las acciones en su nombre.

—Es lo que quiero —concluyó.

Semejante excentricidad le dio vueltas en la cabeza al capitán mientras hacía lo que su esposa le había pedido.

¿Sería que la impresión de los acontecimientos de aquel verano la había trastornado? Unos documentos valiosos habían sido confiados innecesariamente al correo, y de inmediato se verían otra vez expuestos a los riesgos del viaje de vuelta a la isla de la que procedían. La venta de las acciones podía haberse realizado sin la transferencia de documento alguno; sólo eran necesarias las instrucciones de Heloise. Así figuraba en la carta donde se explicaban las reservas que abrigaba el banco sobre el futuro de la compañía ferroviaria.

En Enniseala se sintió tentado de devolver el abultado sobre que recogió, de pedir que lo reenviaran sano y salvo al lugar del que procedía, de decir que había habido un error, comprensible dadas las circunstancias. Pero no lo hizo, no regresó a Lahardane con cualquier excusa. En lugar de eso obedeció a su mujer y le transmitió, además, los afectuosos recuerdos de Aloysius Sullivan. El contenido del sobre fue inspeccionado por Heloise y los recuerdos del abogado desechados con un ademán, como si no tuviesen interés alguno, pese a que ella siempre había sentido un cariño particular por Aloysius Sullivan.

Esa tarde podrían haber recorrido juntos la casa, el huerto y el jardín, haber paseado por los campos. Pero el capitán Gault no lo

sugirió y tampoco lo hizo él solo, como otras veces. Los manzanos, las abejas de los panales y el ganado, de los que tanto se enorgullecía, aún lo atraían, pero era su esposa lo que más le importaba. Si lo que las apariencias indicaban era cierto, sería el colmo de la crueldad.

Sombrío y silencioso, bebiendo a solas, intentó no pensar que aquello era alguna forma de castigo. Pues ¿no se había alzado acaso el pueblo, y no era aquél el principio de un infierno que se había extendido rápidamente hasta aquel pequeño rincón? No podía saber que, igual que no había sitio para la verdad en una suposición errónea, tampoco lo había en aquellas aterradoras conjeturas suyas sobre la condenación. El azar, y no la ira, había dictado ese verano el destino de los Gault.

En el tren a Dublín, Heloise permaneció en silencio. Odiaba, tanto como la costa que dejaba atrás, aquellos campos y colinas por los que pasaban, los bosques y las florestas, las ruinas silenciosas. No deseaba otra cosa que alejarse para siempre de aquel paisaje que antaño había adorado, de aquellos rostros que le habían sonreído con amabilidad, de aquellas voces que le habían hablado con dulzura. Una casa de campo de alquiler en las afueras de Sussex no estaba lo bastante lejos: hacía días que sabía que era así, pero no lo había dicho. Lo dijo entonces.

El capitán la escuchó. Podía comprender que la esposa que trece años antes había llevado consigo a Lahardane deseara continuar viajando y viajando, más y más lejos, hasta que algún otro tren los dejara allí donde dos extraños no suscitaran comentarios ni curiosidad. Ya no podían imaginar el futuro que habían imaginado antes en la agradable y fácil Inglaterra.

—Le hemos dado a todo el mundo la dirección de Sussex —dijo él al sentir la necesidad de decir algo.

Pero no le preocupaban ni Sussex, ni sus casas de campo, ni la tranquilidad de Inglaterra. Lo que le preocupaba era que el rostro de su mujer se había afilado y vuelto pálido, que contemplara de aquella manera el paisaje con ojos insensibles, que su voz hubiese perdido el timbre, que sus brazos cruzados semejaran los de una estatua. No obstante, experimentaba también cierto alivio. Su

esposa no había actuado llevada por la confusión cuando había escrito una carta a su banco; su firme propósito era cerrar aún más firmemente la puerta al pasado. Los documentos que el capitán había recogido en nombre de Heloise iban con ellos en el equipaje para convertirse en su sustento allí donde acabara su viaje.

—Iremos a cualquier parte —dijo Heloise—. Cualquier parte servirá.

En Dublín, en la estación de King's Bridge, el capitán Gault envió un telegrama para anular el alquiler de la casa de Inglaterra. Luego permanecieron los dos de pie, como una isla con su equipaje.

—Estamos en paz —dijo el capitán, pues, aunque la fragilidad de Heloise todavía lo alarmaba, compartía con ella la atmósfera que la naturaleza de su partida creaba y el deseo de perderse, de librarse de los recuerdos. Dijo eso para ofrecerle consuelo a su mujer.

Heloise no respondió, pero cuando cruzaban la ciudad hacia los muelles comentó:

—Es extraño que no nos entristezca marcharnos cuando antes se nos antojaba insoportable.

—Sí, es extraño.

De esa manera, el jueves 22 de septiembre de 1921, el capitán Gault y su esposa abandonaron su casa y, sin saberlo, a su hija. En Inglaterra pasaron de largo, absortos en sus pensamientos, campos y ciudades como una exhalación. Agujas de iglesias y casas de pueblo, los últimos guisantes de olor en pequeños jardines traseros, las judías verdes que trepaban por los alambres, los geranios en su arretrato final; todo eso bien podía haber sido cualquier otra cosa. Francia fue para ellos tan sólo un país más, a pesar de que pasaron allí varias noches. «Hemos continuado viaje», escribió el capitán Gault al abogado de Enniseala; era una de las tres frases que anotó en una hoja de papel de carta de un hotel.

Bridget sacó brillo a los muebles antes de cubrirlos con unas sábanas viejas que tenía reservadas. Limpió los cristales antes de que las ventanas se cegaran con tablones. Fregó los peldaños sin enmoquetar de la escalera de atrás y las baldosas del pasadizo de los perros, y empaquetó y guardó los edredones y las mantas.

A oscuras en la casa —donde ya no quedaba nada que hacer, excepto en la cocina, el único lugar donde entraba la luz del día—, Henry recorrió las habitaciones del piso superior con una lámpara. En ellas el aire ya estaba viciado. Aquella misma tarde cerrarían la vivienda.

Los dos estaban tristes. Todos y cada uno de los días que habían transcurrido desde la partida de los Gault habían abrigado esperanzas de que algún pescador llegara con noticias de que algo se había enganchado en sus redes o en un remo. Pero nadie había acudido. Y de haber sido así, ¿habrían querido saberlo los Gault?, se preguntó Bridget, y Henry negó con la cabeza, incapaz de responder a esa pregunta.

En el salón levantó el globo de la lámpara y apagó la mecha. Luego se dirigió a la lechería y limpió las mantequeras que había dejado allí.

—Voy a ocuparme de la valla —le gritó a Bridget cuando apareció en la puerta trasera de la casa, y la vio asentir con la cabeza a través de la distancia que los separaba.

Se preguntó qué sensación tendría cuando, a su regreso, se sentara por última vez a la mesa de la cocina. Bridget estaba asando un pedazo de tocino.

Los perros acudieron a toda prisa al jardín cuando Henry les silbó, y Bridget observó cómo se empujaban el uno al otro para seguirlo cuando se puso en marcha.

—Aguantará bien —comentó Bridget alzando la voz.

—Sí, yo creo que sí —respondió él.

Bridget no tenía la sensación de que sus plegarias hubiesen sido vanas. Le bastaba con haber rezado, y la voluntad de Dios

había sido no escucharla. Ella y Henry se amoldarían a lo que ocurriera; lo aceptarían, puesto que así había de ser. La vieja Hannah acudiría de vez en cuando a la casita del guarda, y también Kitty Teresa, aunque estuviera a una distancia considerable. Aunque lo más probable era que ésta no sintiera deseos de visitarlos. Después del trago que había pasado, posiblemente sería demasiado para ella.

«Por encima de todo, echaré de menos esta grande y vieja cocina», se dijo Bridget cuando entró en ella. Seguiría yendo al patio para dar de comer a las gallinas mientras las hubiese, y encontraría nuevas tareas que hacer. Cuando llegó por primera vez a aquella cocina con su madre, ella solía pasar el tiempo jugando en el jardín, y cuando llovía, se sentaba junto al hogar y avivaba la lumbre con el fuelle, contemplando las chispas.

En el fregadero frotó la superficie de una cazuela, con el esmalte desportillado, de una manera que le resultaba familiar desde hacía años. La aclaró, la secó y la colocó en su sitio, preguntándose cuándo volvería a utilizarla; en una repentina oleada de optimismo creyó que sí lo haría, que, cuando el tiempo curara las cosas, ellos regresarían. Luego echó el pedazo de tocino al guiso que tenía sobre el fogón.

* * *

Henry no reconoció el abrigo negro cuando lo vio. Lo había visto muchas veces, años atrás, pero en ese momento no lo reconoció. Lo único que pensó fue que antes no estaba allí. La última vez que había ido a aquel lugar en busca de piedras para tapar un agujero en el muro de las ovejas de los O'Reilly, allí sólo había malas hierbas. Se quedó mirando el abrigo, sin adentrarse en las ruinas, y ordenó a los perros que se apartaran. Lentamente, encendió un cigarrillo.

Las piedras que buscaba estaban allí, como lo habían estado antes, desprendidas de las paredes y desparramadas entre las

ortigas. Se acordó de Paddy Lindon, sentado a la mesa de la que ahora sólo quedaban las patas y un simple tablero. Las ortigas en torno a ella estaban aplastadas, formando un sendero que llevaba hasta el rincón donde se hallaba el abrigo. En el suelo había dos cestas de paja para pescado, y Henry vio unas cuantas moscas sobre unos corazones de manzana ennegrecidos.

Trató de encontrarle un sentido a todo aquello, y cuando lo consiguió no quiso acercarse más. Uno de los perros pastores aulló y él lo mandó callar. No quería levantar el abrigo para mirar debajo, pero al final lo hizo.

En el patio uno de los perros soltó un único ladrido, y Bridget supo que Henry había vuelto. Ese perro siempre ladraba una vez cuando volvía al patio, un hábito que Henry trataba de quitarle. En la cocina, Bridget puso sobre el fogón la cacerola con patatas y vertió agua hirviendo sobre el repollo que acababa de cortar. Colocó tenedores y cuchillos en la mesa y oyó las pisadas de Henry en el pasillo. Cuando se volvió desde el fogón, él estaba de pie en el umbral, con un bulto en los brazos.

—¿Qué es eso? —quiso saber, y él no respondió; tan sólo entró en la cocina.

Durante el camino de vuelta a través del bosque, Henry se había apresurado para no pensar, para apartar de sí el deseo de intentar comprender algo que no tenía sentido. Sin duda, la absoluta quietud de lo que llevaba era la quietud de la muerte, ¿no? Una y otra vez depositó el bulto en el suelo para comprobarlo, e incluso extendió una mano para cerrar aquellos ojos que lo miraban, pues ¿cómo era posible que tuviesen vida después de pasar tanto tiempo en aquel lugar frío y húmedo?

En la cocina, el aroma del tocino se apoderó de él, de la misma manera que la realidad disipa los fragmentos de un sueño. El reloj emitía su enérgico tictac sobre el aparador, y el vapor hacía vibrar la tapa de la cacerola.

—¡Madre de Dios! —exclamó Bridget—. ¡Oh, Madre de Dios!

La niña tenía los labios manchados de moras. Su aspecto era enfermizo. Tenía las mejillas hundidas y unas oscuras y profundas ojeras. El cabello se veía tan desgredado como el de una gitana. Estaba en brazos de Henry, tapada con un viejo abrigo de su madre, lleno de mugre.

Henry habló por fin. Dijo que había ido en busca de piedras a la casa de Paddy Lindon. Como era habitual en él, su rostro no traslucía ninguna expresión al hablar. «Hay más vida en un jamón», había dicho el padre de Bridget una vez, refiriéndose a la cara de Henry.

—¡Virgen santa! —musitó Bridget, persignándose—. ¡Santa Madre misericordiosa!

Henry se abrió paso lentamente hasta una silla. La niña estaba en los huesos, tan débil que no parecía que pudiera sobrevivir. Tales pensamientos, no expresados, pasaron por la mente de Bridget como antes lo habían hecho por la de Henry, llevando consigo la misma confusión. ¿Cómo era posible que hubiese vuelto del mar? ¿Cómo era posible que estuviese allí? Bridget se sentó para calmar el temblor de sus rodillas. Trató de contar los días, pero se le mezclaban. Le pareció que habían pasado siglos desde aquella noche en la playa, siglos desde que se habían ido los Gault.

—Se llevó comida de casa —dijo Henry—. Se ha mantenido a base de bizcochos de azúcar. Y gracias a Dios que hay agua en aquel lugar...

—¿Siempre ha estado en el bosque, Henry?

Todas las mañanas Bridget llevaba su rosario desde la casita del guarda a la cocina y lo dejaba en la repisa, al lado de los fogones. Se levantó de la mesa para cogerlo y pasó las cuentas con los dedos, no para rezar, sino por el consuelo que le proporcionaba su contacto.

—Se escapó —explicó Henry.

—Oh, mi niña...

—Está asustada por lo que hizo.

—¿Por qué hiciste una cosa así, Lucy?

A Bridget su propia voz le sonó estúpida, y al oírla se avergonzó de su estupidez. ¿No tenía que culparse a sí misma por no haber mencionado lo de los baños? ¿Acaso no iba siempre la niña a jugar

a la cañada y al interior del bosque? ¿Por qué no se lo había recordado a sus padres? ¿Por qué no les había dicho que lo que contaban los pescadores no eran más que fantasías?

—¿Qué te impulsó a hacer algo así, Lucy?

Henry dijo que uno de los tobillos de la niña estaba muy mal. Cuando habían llegado al patio, ella había querido ponerse en pie, pero él no lo había consentido. Cualquiera sabía desde cuándo tenía el tobillo así. Quizá estuviera roto, no había forma de saberlo. Dijo que iría a buscar al doctor Carney.

—¿La llevo arriba?

Henry no diría nada más, pensó Bridget, hasta que la desastrada niña estuviese en el piso de arriba. El no diría nada más hasta haberla subido a su habitación, y luego le contaría cómo había dado con ella y qué le había dicho, si es que había dicho algo. Lucy estaba tan callada que bien podía no volver a abrir la boca jamás.

—Espera, prepararé un par de bolsas de agua caliente para la cama.

Bridget dejó el rosario en la repisa y volvió a colocar la tetera, que ya había hervido, sobre uno de los fogones. El agua empezó a echar vapor y a borbotear casi de inmediato. El capitán, la señora y Henry recorriendo la playa de arriba abajo y hurgando entre los guijarros... Qué estúpidos, como lo había sido ella misma, empeorándolo todo. Bridget volvió a ver la escena como en un fogonazo, todos tremendamente ridículos.

—¿Quieres comer algo, Lucy? ¿Tienes hambre?

La niña negó con la cabeza. Henry también se había sentado, con el sombrero marrón un poco ladeado, como si alguna rama del bosque se lo hubiera puesto así y no se hubiese acordado de enderezarlo cuando dejó en la silla la carga que llevaba.

—Que Dios la ayude —musitó Bridget, y sintió el calor de las lágrimas en las mejillas antes de darse cuenta siquiera de que estaba llorando, de comprender que la estupidez no tenía lugar allí —. Gracias a Dios —susurró al tiempo que sus brazos rodeaban los enjutos hombros de Lucy—. Gracias a Dios.

—Ahora estarás bien, Lucy —añadió Henry.

Bridget llenó dos bolsas de agua caliente. Los ojos de la niña tenían una expresión como de agotamiento. A Bridget le pareció que

era dolor, un dolor sordo.

—¿Te encuentras bien, Lucy? ¿Te duele la pierna?

Los ojos registraron por un instante lo que podía haber sido una negativa, pero siguió sin haber respuesta; ni palabras ni movimiento alguno. Henry se puso en pie para volver a coger en brazos aquel cuerpo que no oponía resistencia. Subió al piso de arriba mientras Bridget sostenía las dos lámparas que había encendido, y lo depositó sobre la cama de la que una semana antes se habían quitado las sábanas y las mantas.

—Ve a buscar al doctor Carney y no vuelvas hasta que lo veas en persona —le dijo Bridget a Henry—. Que venga cuanto antes. Llévate el calesín, no vayas andando. Yo me ocuparé de ella.

Hurgó entre la ropa de cama que había guardado en el armario del rellano hasta que encontró un camisón.

—Lo que necesitas es un buen baño —le dijo a la niña cuando hubo hecho la cama lo mejor que pudo sin molestar a la flácida forma que yacía en ella.

Pero el baño debería esperar hasta que la examinase el doctor. Bridget llenó una palangana de agua caliente en el lavabo y volvió con ella. Oyó golpes fuera y supuso que Henry había cogido la escalera y estaba desclavando los tablones de la ventana de la habitación de Lucy antes de ir a buscar al doctor Carney. Más le valdría no desperdiciar el tiempo en eso. Su enfado se le antojó un alivio.

—¿Quieres que te prepare un huevo cuando te haya lavado, Lucy? ¿Un huevo pasado por agua?

Una vez más, Lucy negó con la cabeza. El tobillo, por su aspecto, bien podía estar roto. Estaba más negro que azul e hinchado como una pelota. La pierna entera había quedado inútil, desmadejada como algo muerto.

—Te tomaré la temperatura —dijo Bridget. Había un termómetro en algún sitio, pero no sabía dónde, y se preguntó si aún estaría en la casa. El doctor Carney lo necesitaría—. Vamos a dejarte bien limpia y aseada para él.

La niña estaba sucia por todas partes: los pies, las manos, el enmarañado cabello, y tenía arañazos en los brazos y en la cara. Un

huevo pasado por agua con trocitos de tostada era algo que siempre le había gustado.

—Cuando el doctor Carney te haya visto, volverás a tener apetito.

El agua de la palangana se volvió gris al instante. Bridget la tiró en el baño y la llenó de nuevo. ¿Qué había querido decir Henry con lo de los bizcochos de azúcar? La casita estaba en ruinas. ¿Había estado la niña allí antes? Lo de querer quedarse allí para siempre, ¿había sido una cosa de niños, porque no quería irse? ¿Era eso lo que había causado aquella terrible conmoción y un dolor mayor del que nadie podía imaginarse? Debería haberle dicho a Henry que enviara un telegrama a la dirección que habían dejado. Entonces pensó que para eso él tendría que ir a la casita del guarda a buscar un pedazo de papel, y confió en que no se le hubiese ocurrido, por el retraso que supondría.

—Mamá y papá se han ido —comentó—, pero ahora regresarán. —Puso una bolsa de agua en medio de la cama, para calentar las frías sábanas, y la otra en los pies. Luego entreabrió un postigo de la ventana. Henry había quitado varios tablones, pero aún quedaban algunos—. El doctor Carney no tardará —añadió, sin saber qué otra cosa decir.

—Sí, eso es todo.

En el salón, Henry hizo un gesto con la cabeza que indicaba vagamente la habitación a cuya ventana le había quitado los tablones.

—No hay nada más, aparte de lo que ella pueda contar.

—¿Nada más? ¡Y eso que acaba de volver de entre los muertos!

Henry repuso que la niña no tenía fuerzas para volver de ninguna parte. Bastante había caminado para llegar hasta donde él la encontró. Y nunca la habría encontrado de no haber pensado en reparar el hueco por el que las ovejas estaban volviendo a escapar.

—¿Qué es eso de los bizcochos?

En un trozo de periódico había restos de mantequilla y granos de azúcar. Y manzanas que habría cogido de los árboles, aún sin

madurar, porque él había visto los corazones tirados por allí. Se las había apañado bien, dijo Henry.

—¿Está mal de la cabeza la niña?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿sabía lo que estaba haciendo cuando se escapó?

—Sí, por supuesto.

—Habría que informar al señor Sullivan. Y mandar aviso a Inglaterra.

—Sí, pensaba hacerlo.

El médico diagnosticó un hueso roto que tendría que ser examinado más detenidamente y lesión de los ligamentos que lo rodeaban, un fuerte hematoma, fiebre alta y desnutrición. Recomendó caldo de carne, leche caliente y no más de una rebanada fina de pan tostado para empezar. Henry regresó con él a Kilaوران para enviar el telegrama. En la cocina, Bridget tostó una rebanada de pan en la parrilla del fogón.

Esa noche tendrían que dormir en la casa. Henry llegó a esa conclusión en el camino de vuelta a Lahardane. Bridget pensó lo mismo mientras llevaba la bandeja al piso de arriba. No podían dejar a la niña sola, tal como estaban las cosas, y menos aún con la posibilidad de que intentaran de nuevo prenderle fuego a la casa. Hasta que pudiera disponerse lo necesario, hasta que el capitán y la señora Gault regresaran, ellos tendrían que estar allí.

—¿Qué les has puesto en el telegrama? —quiso saber Bridget cuando Henry volvió.

«Lucy encontrada viva en el bosque» era el mensaje que había llegado a Inglaterra.

Se detuvieron en Basilea, calculando la clase de vida que el legado de Heloise les permitiría llevar. Al principio habían sentido cierta ansiedad por si ella se había mostrado más optimista de lo aconsejable sobre la cantidad de dinero de que disponían; pero había dinero. Como los únicos bienes del capitán eran la casa y las tierras que habían dejado atrás, éstos permanecerían intactos, a menos que alguna circunstancia imprevista dictase lo contrario. No resultaría fácil encontrar un empleo de oficinista o algo similar en el extranjero, pero por fortuna no sería necesario.

Mientras hablaban de todas esas cosas, el capitán se dio cuenta de que ahora contemplaban el futuro de manera distinta, de que, a pesar de las muchas cosas que compartían, estaban menos en armonía que antes. En el breve espacio de tiempo que había transcurrido desde su partida, había empezado a pensar que se había equivocado al imaginar que nunca desearía regresar a la casa que habían abandonado. Pero también notaba que la determinación de Heloise se había fortalecido con cada kilómetro que habían cubierto. El exilio era lo que ella ansiaba ahora, en él había puesto toda su fe y todas sus esperanzas. Everard no pretendía convencerla de lo contrario; su tarea era más bien la de cuidarla. Todavía era una sombra de la mujer que había sido hasta hacía muy poco.

Cuando solucionaron los asuntos que los habían llevado a Basilea, se dirigieron hacia el sur, a Lugano, donde permanecieron unos días a orillas de su apacible lago. Una despejada tarde de otoño cruzaron la frontera de Italia y, una vez más, prosiguieron el viaje.

—¿En unas ruinas? —dijo Aloysius Sullivan—. ¿Cómo que en unas ruinas?

Bridget se lo explicó. Le contó lo que la niña se había llevado en las cestas y lo de las manzanas verdes. El señor Sullivan cerró brevemente los ojos.

—Estaba enfadada porque no quería irse. Se escapó para llamar la atención. —Bridget le habló de sus suposiciones y de lo poco que había averiguado a través de la niña; le habló de las astillas puntiagudas que en la penumbra del bosque eran un peligro, de la carga añadida del abrigo que había dado calor a la niña por las noches, de las ramas caídas con las que tropezó—. Le salía sangre de los arañazos que tenía en la cara. Sintió su sabor y se asustó. Pobre chiquilla, se arrastró con todo lo que llevaba hasta que por pura casualidad llegó a la casa de Paddy Lindon en busca de cobijo. Cuando amanecía trataba de regresar a casa, pero con el pie hinchado no conseguía dar más que unos pasos. Tenía miedo por él cuando salía a buscar las moras, y volvió a tener miedo cuando la comida se le fue acabando. Estaba convencida de que alguien iría a por ella, y cuando vio que no era así, pensó que iba a morir.

Aloysius Sullivan no pareció impresionado.

—La prenda que encontraron en la playa, ¿la dejó allí para despistar? ¿Se puede decir que fue un acto de malicia, de engaño calculado?

—Ah, no, señor Sullivan, no.

—¿Qué fue, entonces? ¿Una broma?

Bridget no había sido informada —y nunca lo sería— sobre el papel que había desempeñado el perro, y respondió que la niña se había dejado olvidado lo que habían hallado entre los guijarros.

—Lo que pasa, señor, es que lo malinterpretamos todo porque nunca se nos pasó por la cabeza que se hubiera escapado. Ni a mí ni a Henry, ni al capitán ni a la señora.

—No es de extrañar —contestó secamente el abogado.

Estaban en el salón, con los muebles aún cubiertos por las sábanas. Ardían dos lámparas. En las ventanas, la mayoría de los tablones seguía en su lugar.

—Fue eso lo que todos pensamos, señor..., que todo había ocurrido como aparentaba haber ocurrido...

—Lo comprendo, Bridget, lo comprendo.

—¿Cómo íbamos a imaginar, señor, que la niña había huido a Dungarvan cuando caía la noche, atravesando el bosque para llegar al camino y una vez allí poner tierra de por medio? No tenía sentido, señor, como tampoco ahora lo tiene para ella.

—He de decirle, Bridget, que tengo la suerte de no estar familiarizado con la capacidad de juicio de los niños, aunque le aseguro que en mi trabajo me encuentro a menudo con adultos a quienes no les sobra. ¿Dónde está ahora la niña?

—En el jardín. Con Henry.

—¿Y en qué estado se encuentra?

—Sigue muy callada, señor. —Bridget apartó la sábana de una butaca—. Siéntese, señor.

Aloysius Sullivan era un hombre voluminoso y agradeció el ofrecimiento. Le dolían las pantorrillas, a pesar de que había acudido a Lahardane en su coche. Su instinto le decía que lo que le provocaba el dolor era el peso de la responsabilidad que las circunstancias habían hecho recaer injustamente en él. Desde que había recibido aquellas breves líneas de Everard Gault desde Francia, sentía en el cuerpo cierto nerviosismo que se había manifestado en forma de erupción en el cuello, y que ahora había bajado a las pantorrillas. Cuando, una semana antes, se había enterado de que las suposiciones con respecto al destino de la niña eran incorrectas, había rebrotado una aflicción neurálgica que llevaba años acallada.

—Mi madre solía decir, Bridget, que hay niños que llevan el demonio dentro.

—Ah, no, señor, no. La niña estaba alterada por lo que estaba pasando, como todos nosotros, señor. No hubo tranquilidad en esta casa después de que aquellos hombres viniesen para asesinaros mientras dormíamos. Si hay que echarle la culpa a algo, señor, es a eso.

El abogado exhaló un suspiro. Lo comprendía, dijo, pero de todas formas no había que olvidar lo que Everard Gault y su esposa habían pasado: cómo habían bajado a la playa una y otra vez, cómo habían padecido los tormentos de un infierno durante días y noches, y ahora, al parecer, se hallaban viajando sin norte. Y mientras tanto, su díscola niña había estado alimentándose a base de bizcochos.

—Siéntese usted también, Bridget —dijo.

Pero Bridget no se sentó. Jamás se había sentado en aquella habitación, y ni siquiera en aquellas circunstancias podía hacerlo. Cómo se le había encogido el corazón, dijo, cuando Henry había entrado con la niña en brazos... Lo que había pasado, lo que la niña había hecho era algo terrible; eso no iba a negarlo ni por un instante. Nunca había visto a nadie en el estado en que Henry había encontrado a la pobre criatura; parecía que se hallara a las puertas de la muerte.

—¿No deberíamos mandar otro telegrama, señor, por si el primero se hubiera perdido?

—No se ha perdido, Bridget.

Bridget se enteró entonces de la carta que había llegado de Francia. No era quién para fruncir el entrecejo, pero no consiguió resistirse al impulso de hacerlo; y, como si reconociera que la mujer necesitaba unos momentos para sí, el señor Sullivan hizo una pausa. Cuando continuó, le explicó que en la comunicación que había recibido se hacía referencia a los muebles y objetos que habían quedado en Lahardane. El había supuesto entonces que un día u otro los carros de mudanza acabarían por llegar en su busca. En la carta, sin embargo, se especificaba que todo lo que habían dejado permanecería donde estaba.

—El telegrama que enviaron ustedes llegó a su destino, Bridget, a la dirección donde lo enviaron, como también llegó la anulación del capitán. Como es natural, me he informado. Tarde o temprano tendremos noticias de dónde se han instalado el capitán y la señora Gault. Que no las tengamos ahora no es sino un mero contratiempo.

Poniendo énfasis en la inconveniencia de ese apuro, la oleaginosa cabeza del señor Sullivan se movió despacio de un lado a otro, con una expresión taciturna en sus ojos de color pizarra. A

continuación inspiró profundamente, contuvo unos segundos el aire y luego suspiró.

—Supongo que antes de partir no le dijeron nada a usted sobre la posibilidad de un cambio de opinión, algo acerca de sus intenciones, ¿no?

La ansiedad parpadeó en las facciones de Bridget con menos consideración aún que el entrecejo que había fruncido un momento antes. ¿Le habían mencionado algo? ¿Sería que ella no los había escuchado debidamente, con todo el malestar que los había rodeado? Lo pensó unos instantes más y luego negó con la cabeza.

—Tan sólo dejaron esa dirección, señor.

Las manos regordetas del señor Sullivan se apoyaron levemente sobre la tela azul de raya diplomática que le cubría las rodillas.

—¿No habrá por ahí algún papel que podamos revisar, Bridget? Tal vez encontremos algo que nos sea de ayuda.

Bridget quitó algunas de las sábanas que cubrían los muebles. Ni en los cajones del escritorio ni en los del aparador de la sala había nada que pudiera ayudarlos en la dificultad en la que se encontraban. Tampoco encontraron nada en los cajones del tocador cuando subieron con las lámparas al piso de arriba.

—Aquí no hay nada que no sean recibos, señor —dijo Bridget mientras buscaba en los estantes del armario esquinero que había en el rellano de la primera planta.

El señor Sullivan sostenía a su lado una lámpara. En algún lugar, entre la correspondencia, hallaron una postal del hermano del capitán fechada hacía casi tres años, con la dirección de su regimiento en la India, y, con fecha más reciente, las pocas cartas enviadas por la tía de Heloise desde Wiltshire, llenas de quejumbrosos reproches.

—Lo que el capitán dispuso antes de partir con respecto a la casa y a ustedes no se ha visto alterado —dijo el señor Sullivan—. Los acontecimientos posteriores no cambian eso en absoluto. —Los Gault habían previsto posibles gastos y emergencias. Habían sido meticulosos a pesar de que su partida había sido acelerada. El abogado confesó que su gran esperanza era encontrar en la casa alguna pista de los cambios de planes de los Gault—. He indagado

por ahí —explicó cuando volvieron al salón—. He preguntado a todos aquellos que pudieran tener noticias suyas. Se me ocurrió que quizá supieran algo los primos de Mount Bellew, pero al parecer ellos también se fueron de Irlanda hace un tiempo. ¿Sabe usted si mantenían contacto con ellos?

Bridget no lo sabía. Recordaba que hacía tiempo sí lo habían tenido, pero no había oído hablar de ellos desde que se habían ido a Inglaterra. No descubrieron ninguna carta de ellos cuando volvieron a buscar en los cajones del piso de abajo; sin embargo, los primos de Mount Bellew estaban en un álbum de fotografías, en un picnic sobre la hierba de Lahardane diez años atrás.

—Si no me equivoco, a uno de esos chicos lo mandaron a Passchendaele —recordó el abogado—. Al mismo regimiento que el capitán.

—No lo sabía.

—No se preocupe, Bridget. Sé que está muy afectada por todo esto, pero los localizaremos, de eso no hay duda. Contamos con el regimiento de la India, en el caso de que el capitán se ponga en contacto con su hermano, y si lo han trasladado de destino, le harán llegar cualquier comunicación mía. El ejército se enorgullece de esas cosas.

—Es por la niña, señor.

—La cuenta del doctor Carney me la enviarán a mí. Eso ya está hablado. —El señor Sullivan hizo una pausa—. ¿Sería mucho pedirles que continuaran durante un tiempo como están ahora?

—¿Cómo estamos ahora, señor?

—Sólo por el momento.

—O sea, ¿que Henry y yo nos quedemos en las habitaciones de arriba? ¿Es eso lo que quiere decir, señor?

—Ahora que la niña ha vuelto, opino que lo mejor es que se quede en la casa. Si me lo permite, creo que sería mejor que llevarla a la casita del guarda.

Sin precisar cuánto duraría ese «por el momento» del que hablaba, el señor Sullivan dijo que abandonar la casa y ver todos los días las puertas cerradas y las ventanas tapadas con tablones alteraría más a la niña que permanecer en su entorno familiar. Fue consciente de que con ello suponía que quienes los habían atacado

en plena noche habrían desistido de sus intenciones. Así se lo hizo notar a Bridget, aunque no pretendía sembrar inquietud.

—Henry dice que nos dejarán en paz, señor, pues ya han conseguido que el señor y la señora se vayan. Dice que con eso basta.

El señor Sullivan estuvo de acuerdo, pero no comentó nada. Dedujo que Henry habría oído algo; y de no ser así, habría que confiar en su instinto. A pesar de que aquel joven había resultado herido, todo lo que había ocurrido a partir de aquella noche podía considerarse sin duda venganza suficiente.

—En este momento la casita del guarda está cerrada, señor. La dejaremos así hasta que ellos regresen.

—¿Y qué opina nuestra amiga de esa eventualidad?

—¿De qué amiga me habla, señor Sullivan?

—Me refiero a la niña. ¿Qué opina del posible regreso de sus padres? ¿Se iría tranquilamente con ellos en esta ocasión?

—Si volvieran, tal vez decidieran quedarse después de lo ocurrido, ¿no cree?

—Eso espero, Bridget.

—¿Ha oído usted si han acabado ya los enfrentamientos?

—También en eso podemos abrigar esperanzas, al menos... Esperanzas. —El señor Sullivan se levantó—. Me gustaría ver a la niña.

—Ya verá usted lo dócil que está, señor. —El señor Sullivan exhaló un suspiro, guardándose para sí la observación de que, dadas las circunstancias, no era de extrañar—. Hay algo que quizá usted no sepa, señor. El hueso le soldó mal mientras estuvo en aquel lugar y va a quedarle esa cojera.

—Ya lo sé, Bridget. El doctor Carney fue a darme la noticia.

El abogado se incorporó y se dirigió a través de la casa en penumbra hasta el patio. La niña estaba sentada en el escalón de entrada del cobertizo que con los años se había convertido en propiedad de Henry. En el otro extremo del jardín, bajo el peral que había junto al muro, dos perros pastores jóvenes estaban tumbados al sol. Cuando el abogado apareció, levantaron las cabezas y se les erizó el pelo del lomo. Uno de ellos dio un gruñido, pero ninguno se

movió. Luego volvieron a relajarse y pegaron el hocico a los adoquines.

A través de la puerta abierta del cobertizo de Henry, el señor Sullivan vio un torno de banco bajo una serie de hileras de herramientas de carpintero: martillos, formones, cepillos, garlopas, raederas, alicates, niveles, destornilladores y llaves inglesas. Dos cajas de embalaje estaban atiborradas de pequeñas piezas de madera de diferente grosor y longitud. Colgados de ganchos pendían rollos de alambre, sierras, un ovillo de cuerda casi gastado y una hoz.

Sentado en el escalón junto a la niña, Henry pintaba de blanco un avión de madera. Tenía unos treinta centímetros de largo y alas dobles, aunque aún sin hélice, y estaba en equilibrio sobre un bote de mermelada. Unos palillos unían las alas, cuya colocación y ángulos habían sido copiados de una fotografía arrancada de un periódico que se hallaba sobre el escalón.

—Lucy —dijo el señor Sullivan. La niña no contestó. Henry tampoco dijo nada. La brocha, demasiado grande y difícil de manejar para semejante tarea, continuó cubriendo la áspera madera con lo que al abogado le pareció aguacal—. Lucy —insistió.

—Hace un día estupendo, señor Sullivan —comentó Henry cuando siguió sin haber respuesta.

—En efecto, Henry, en efecto. Veamos, Lucy, quiero hacerte un par de preguntas.

¿Había oído hablar alguna vez a sus padres de algún viaje que les gustaría realizar? ¿Les había oído hablar de ciudades que deseaban visitar? ¿De algún país en particular?

En muda negativa, la niña sacudió la cabeza, contestando a cada pregunta con un movimiento más enérgico que el anterior mientras su cabello rubio se desparramaba a su alrededor. Las facciones que el señor Sullivan contemplaba en ella eran casi las de su madre: los ojos, la nariz, el firme contorno de los labios... Algún día allí también habría belleza; y se preguntó si al final la vida la compensaría por lo que estaba viviendo.

—Lucy, si recuerdas algo, ¿se lo dirás a Bridget o a Henry? ¿Harás eso por mí? —Había un tono de súplica en su voz que sabía que no tenía relación con su ruego, pues sólo pretendía sonsacarle

una sonrisa a la niña, una sonrisa como las que había visto en ella en el pasado—. Oh, Lucy, Lucy... —musitó de vuelta al salón.

Le sirvieron el té. Las lámparas aún ardían. Bebió dos tazas y untó miel en un bollo. Sus reflexiones fueron dolo— rosas. Ahora que se hallaba en la casa, la calamidad que lo había llevado allí se le antojaba todavía más extraordinaria por cómo había ocurrido que cuando se había enterado de que la niña estaba viva. ¿Qué azar había impedido que Everard Gault pasara de largo aquel retazo de tela apenas visible en la playa? ¿Qué perversidad había intervenido para que a nadie se le ocurriera pensar en una criada amable con quien una niña angustiada podría haber buscado refugio?

No obtuvo respuestas. Poniéndose en pie, Aloysius Sullivan se limpió un resto de mantequilla de los labios con la servilleta que le habían dejado junto al té. Se sacudió las migas de las rodillas y se alisó el chaleco. Cuando llegó al vestíbulo llamó a Bridget, que lo acompañó hasta el coche.

—¿Conseguirá que vuelvan, señor?

El motor se puso en marcha con un chisporroteo. Sí, lo conseguiría; el señor Sullivan lo prometió con toda la convicción de que fue capaz. No quedaría piedra sin remover. Todo saldría bien.

Bridget observó cómo desaparecía el coche en la avenida, en la que el humo del tubo de escape perduró unos instantes en el aire. Rezó para que el abogado lograra su propósito, y en la cocina volvió a hacerlo. Pidió sólo ese favor, nada más importaba.

—La pintura estará seca mañana —dijo Henry—. Lo dejaremos aquí fuera, ¿te parece?

—Yo no le caigo bien.

—Por supuesto que le caes bien. Tú le caes bien a todo el mundo, ¿por qué no iba a ser así? —Dejó el avión sobre el peldaño, apuntalándolo con las maderitas que le habían sobrado. Le advirtió que no tocara la pintura hasta la mañana siguiente y después repitió —: Por supuesto que le caes bien.

Aloysius Sullivan continuó con sus averiguaciones por todas partes, en Enniseala y en Kilauran. Escribió a los amigos del capitán Gault y a las amistades inglesas de su esposa con las que parecía

haber mantenido contacto. Encontró el paradero en Inglaterra de los Gault de Mount Beilew, y de otros parientes lejanos en el condado de Roscommon. Ninguna sugerencia referente a un posible lugar de exilio premió sus esfuerzos, tan sólo la sorpresa y la inquietud que sus pesquisas suscitaron en ellos. La carta que él había recibido de Everard Gault había sido enviada desde la población francesa de Belfort, con su breve contenido escrito bajo la dirección del Hôtel du Parc, Bulevar Louis XI. El propietario del hotel respondió a Aloysius Sullivan con cierto retraso, diciéndole que los huéspedes por los que preguntaba habían pasado allí una sola noche, en la *chambre trois*. Desconocía su destino después de Belfort.

El director del banco de Heloise, en Warminster, Wiltshire, se mostró reacio al principio a proporcionar determinados detalles, pero acabó por revelar que la señora Gault le había escrito desde Suiza para cancelar su cuenta. Había transferido el saldo de sus fondos a un banco en Basilea, y tenía motivos para creer que las acciones de la Compañía Ferroviaria Río Verde también habían sido vendidas allí. Como el rastro se acababa ahí, el señor Sullivan escribió a una agencia de investigadores, los señores Timms y Wheldon, de High Holborn, en Londres.

Es posible que mis clientes hayan fijado su residencia en dicha ciudad, o que allí puedan al menos encontrarse pistas de su paradero actual. Tengan la bondad de remitirme una estimación total de sus honorarios, en caso de que yo accediera a contratar sus servicios.

Finalmente, un tal señor Blenkin, de Timms y Wheldon, fue enviado a Suiza. Estuvo cuatro días en Basilea, donde no descubrió nada de interés, excepto la confirmación de la venta de las acciones. No se habían realizado nuevas inversiones inmediatamente después. La estancia de sus «presas» en la ciudad había sido breve. Se habían alojado en un pequeño hotel en Schützengraben, pero allí desconocían su paradero actual. El señor Blenkin partió hacia Alemania y, tras pasar una infructuosa semana en Hanover y otras ciudades, continuó con sus indagaciones en Austria, Luxemburgo y Provenza. Entonces, en respuesta al

telegrama en que pedía más instrucciones, y tras una charla mantenida entre los señores Timms y Wheldon y el señor Sullivan, el señor Blenkin fue requerido de nuevo en High Holborn.

En la ciudad de Montemarmoreo, en Via Cittadella, alquilaron unas habitaciones sobre la tienda de un fabricante de calzado.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntaba el capitán sabiendo cuál sería la respuesta. «Bueno, pues dar un paseo», sugería Heloise, y los dos se iban a caminar por las colinas en las que junto a canteras de mármol agotadas crecían guindas amargas. La conversación iba surgiendo a trancas y barrancas, pero nunca derivaba hacia Lahardane ni Irlanda, sino que se remontaba a la infancia de Heloise, a los recuerdos de su padre, y de su madre antes de enviudar, a lugares y personas de aquellos tiempos seguros. El capitán la animaba con preguntas y paciente disposición a escuchar. Heloise se mostraba muy locuaz, pues hablar disipaba su melancolía. Su belleza y el porte erguido de su marido, con sus andares de soldado, los hicieron destacar en Montemarmoreo: una pareja que al principio se les antojó misteriosa, aunque luego ya no tanto.

Otro hijo, del que durante tanto tiempo se habían visto privados, nacería quizá algún día en Italia: por el bien de su esposa, ésa era la esperanza del capitán Gault; por el bien de él, era la de Heloise. Pero la espera les producía cansancio, la rehuían como rehuían aquello de lo que no debían hablar. Expertos para entonces en alterar frases ya iniciadas, o dejarlas desvanecerse, o desestimarlas con una sonrisa, se entregaron a su nuevo lugar, al que habían llegado desvalidos en su aflicción, a sus rocosas colinas y sus angostas calles, a una lengua que aprendieron escuchando, como los niños, a la sencillez del lugar donde se alojaban. Y así pasaron las horas, de un día y del siguiente, y de otro más, hasta que llegó el momento de descorchar la primera botella de amarone. En Montemarmoreo no suponían una molestia para nadie.

Le respondo con sumo pesar —le escribieron a Aloysius Sullivan desde el extremo sur de Bengala—, pues las noticias que he recibido de usted me han afectado profundamente. Everard y yo nos hemos escrito muy pocas veces a lo largo del tiempo. La última vez que visité Lahardane fue más o menos un año después del nacimiento de su hija, cuando mi hermano me escribió dándome la noticia. Irlanda, en mi modesta opinión, ha sido siempre fiel a su fama de país atormentado. Que mi hermano y otros se hayan visto obligados a abandonarlo, como antaño emigraban los gansos salvajes, es la noticia más triste que he recibido en mucho tiempo. Si tuviese alguna novedad sobre Everard, le informaría de ello inmediatamente, desde luego. Pero es más fácil que usted o la gente que continúa en Lahardane tengan noticias antes que yo.

La agencia Goodbody y Tallis, letrados de Warminster, Wiltshire, pidió al señor Sullivan que aclarara el contenido de su carta del catorce del mes en curso que había dirigido a su cliente, la tía de la citada Heloise Gault, a la sazón inválida. En respuesta, el señor Sullivan reveló las circunstancias en que se encontraban los dos criados y la niña, y explicó cómo se habían producido. La respuesta que recibió, de una tal señorita Chambré, dama de compañía de la mujer inválida, expresaba horror y desagrado ante lo ocurrido. No habían tenido noticias recientes de Heloise Gault, manifestaba la señorita Chambré, y no era conveniente que su señora se enterara de aquello, pues su delicado corazón podía ser incapaz de soportar la tensión de descubrir la falta de misericordia que había mostrado la niña.

Y considerando que su sobrina nunca ha tenido la cortesía de presentar a mi señora a la mencionada niña —proseguía la señorita Chambré—, y que mi señora hace mucho que se ha visto abandonada por ella, la cual se ha limitado durante años a mandarle una tarjeta por Navidad, opino que ocultarle noticias tan

impresionantes a una inválida está doblemente justificado. Sugiero que la niña sea internada en un reformatorio hasta que sus padres regresen de su viaje. Y no es que a ellos no pueda culpárseles, por lo que usted me comunica, de tan desafortunado asunto.

Los tablones que quedaban en las ventanas de Lahardane habían sido retirados con objeto de disipar la melancolía que provocaban y para que en la casa entrase de nuevo el aire. El señor Sullivan tomó el té reiteradamente en el salón, sin llevar consigo, reiteradamente, noticia alguna. Cuando hubo transcurrido el otoño, y la mayor parte del invierno que le siguió, mientras la tensa calma que vivía Irlanda se veía constantemente amenazada, el abogado sugirió que debía considerarse el futuro en Lahardane.

—Legalmente —planteó de pronto una tarde— yo no tengo atribuciones para decidir qué se debe hacer a partir de ahora, Bridget. Mi papel concluía una vez que se cerrara la casa. «Los sembrados y el ganado deberían ser suficientes para que las cosas sigan en marcha», fue lo que el capitán Gault me repitió la última vez que fue a verme, un par de días antes de su partida. A pesar de las duras circunstancias por las que atravesaba, no se olvidó de usted y de Henry. Sin embargo, me he visto obligado a hacer uso de la suma que me confió para cubrir los gastos de la casa. De manera que, por lo que a la ley respecta, Bridget, ahí acaba todo. Sólo en calidad de amigo de su señor, y confío que de ustedes, puedo serles de ayuda en el futuro. Los gastos de manutención de la niña corren de mi cuenta. No dudo de que a su regreso el capitán Gault saldrá la deuda.

—Es muy generoso por su parte pensar en nosotros, señor.

—¿Podrán apañárselas ustedes, Bridget?

—Oh, sí, por supuesto.

El señor Sullivan estrechó la mano a Bridget, algo que nunca había hecho y que jamás volvería a hacer. Prometió que no los abandonaría. Continuaría visitando la casa hasta que un día de enorme júbilo ya no fuera necesario. Y reiteró con énfasis que estaba seguro de que ese día llegaría.

El señor Sullivan no mencionó en ningún momento sus propias preocupaciones: como no hablaba ninguna lengua extranjera,

debería canalizar las averiguaciones en los diversos países a través de fuentes oficiales en Dublín, pero el confuso paréntesis político anterior y posterior a un tratado insatisfactorio hacía que la comunicación fuese difícil. Una transferencia de poder, de orden y responsabilidad seguía su curso; y mientras tanto, el caos prevalecía. Como no recibía respuesta a sus cartas, en dos ocasiones el señor Sullivan envió copias a instituciones que posteriormente resultaron estar desprovistas de personal. Y cuando, mucho después, comprendió que era lógico que un pequeño drama local careciera de trascendencia ante la agitación y la crisis de mayor magnitud que vivía el país, se culpó a sí mismo tanto como a las circunstancias de las que él era una víctima más, pues no había sabido plasmar en sus escritos la urgencia del caso. Tampoco confiaba en las palabras tranquilizadoras que recibía; más bien las interpretaba como una promesa vacía destinada a calmarlo. No era de extrañar que algún día se difundiera una versión tergiversada de sus ruegos, ya trasnochada para entonces e hilada con despreocupación, la agonía de una familia reducida a poco. Imaginó semejante documento siendo archivado, con irritación o desconcierto, por funcionarios extranjeros con cosas mejores que hacer.

No cejaría en el empeño, pero era consciente de que su impotencia continuaría empañando su autoridad como abogado. La vergüenza que le despertaba aquel engorroso asunto hizo que se sintiera más cerca de lo ocurrido, al igual que la culpa había hecho que Henry y Bridget se sintieran más cerca el uno del otro cuando sospecharon que Lucy se bañaba sola y no lo dijeron.

—No debemos perder la esperanza —insistió el señor Sullivan una vez más aquella tarde, aunque ya no creía en ella.

Luego se despidió de Bridget y se dirigió hacia su coche bajo un cielo preñado de lluvia.

La cocina, cuyos fogones se encendían a primera hora, tenía el techo y las paredes blancos, y la carpintería de color verde. La mesa era de pino y tenía cajones con tiradores de latón. Estaba tan vieja que de las vetas sobresalían repelos. Entre dos ventanas había un

aparador verde atiborrado de vajilla. A ambos lados de la puerta había armarios empotrados.

Desde un extremo de la mesa, Lucy observó cómo se desparramaba la yema del huevo frito de Henry. A ella le gustaba la yema, pero no la clara, a menos que estuviera mezclada con la yema. Henry le puso sal y mojó un trozo de pan frito.

—Henry se siente solo —dijo Bridget—. Ve con él, cariño.

Las mañanas en que hacía buen tiempo, Bridget decía que Henry se sentía solo cuando llevaba los cántaros de leche. Lucy sabía que no era así. Sabía que no era cierto, que lo decía para que lo acompañase, pues ella no tenía gran cosa que hacer cuando estaba de vacaciones. «¡Ah, Lucy! Pasa, pasa», exclamó el señor Aylward la mañana en que acudió de nuevo a la escuela. Lucy pensó por un momento que iba a abrazarla, pero el señor Aylward no hacía esas cosas. «Acabarán por acostumbrarse», le prometió cuando los otros niños no quisieron jugar con ella, cuando la miraron, unos fijamente y otros de reojo, dándose codazos, sin soltar risitas, porque lo que ella había hecho era demasiado malo para reírse. El perro sin nombre que también se había escapado una vez era su compañero en la playa.

—De acuerdo —dijo, observando a Henry mojar un trozo de pan en lo que le quedaba de yema.

Estaban a primeros de abril. Hacía una mañana radiante. Nubes de algodón cruzaban el cielo persiguiendo el sol, según Henry.

—Hoy no va a llover —dijo—. Segurísimo que no.

La madre de Lucy solía decir que el paraíso estaba allí arriba, más allá de las nubes, más allá del azul. «Invéntate el paraíso que quieras —decía su madre—; invéntatelo a tu gusto.» Las grandes ruedas de madera del carro traquetearon en la avenida. El caballo, con las riendas flojas en las manos de Henry, avanzaba al paso. Las ramas unidas sobre sus cabezas ocultaban el sol y el cielo. La luz se filtraba apenas a través de las hojas de los castaños. Las puertas de la casita del guarda estaban abiertas de par en par, inamovibles ya por haber permanecido así tanto tiempo. Las hojas del portón de entrada a la avenida estaban casi ocultas por la maleza. En el

polvoriento camino de arcilla que se curvaba para alejarse hacia la derecha, el sol calentaba con más fuerza.

Antes Lucy siempre le pedía a Henry que le contara cosas de Paddy Lindon, de cuando iba a Kilauren una vez al año, el Día del Corpus: una tosca figura que llevaba champiñones envueltos en un pañuelo rojo. El sacerdote que había precedido al padre Morrissey había lanzado desde el púlpito una advertencia que sentó ley: que por el bien y la tranquilidad de Kilauren nadie debía comprarle champiñones a Paddy Lindon; porque si Paddy Lindon los vendía, se emborrachaba y se volvía aún más salvaje. «Recorría el muelle de arriba abajo —decía Henry— cacareando como un ave de corral.» Henry había sido un chico de Kilauren, uno de los siete hijos de una familia de pescadores; sin embargo, después de casarse con Bridget no volvió a pescar. «Nunca he nadado en el mar», le había contado muchas veces a Lucy de camino a la lechería, orgulloso de ello por razones que sólo él sabía. Y Lucy, en el pasado, le había contado historias que había leído con su madre del libro de los Grimm; o historias de Kitty Teresa.

—¡Qué sería de nosotros sin la leche que ordeñamos! —dijo Henry para entablar conversación mientras acudían juntos a la lechería por primera vez desde lo ocurrido—. Gracias a ella podemos ir tirando...

Henry no podía hacer otra cosa. El clima que había entre ambos no era el adecuado para contarle como solía recuerdos de su infancia: el día en que una tormenta de noviembre arrancó los tejados de las casas de Kilauren, el verano en que hubo carreras de caballos en la playa, la evocación de Paddy Lindon cuando vendía sus champiñones.

—Yo sé que no pretendías hacer daño, pequeña —la tanteó cuando el silencio entre ambos seguía intacto—. Sé que no. Todos lo sabemos.

—Sí que pretendía hacer daño. —Lucy asió las riendas que Henry le tendía, y sintió la cuerda áspera en las palmas y en los dedos, diferente de las riendas del calesín—. ¿Volverán alguna vez, Henry?

—Pues claro que volverán, ¿cómo no iban a hacerlo?

El silencio se impuso de nuevo y continuó cuando el carro dobló para tomar el camino principal y durante todo el trayecto hasta el patio de la lechería, donde Henry hizo retroceder al caballo para colocar el carro contra una plataforma. Descargó los cántaros, mientras daba caladas al cigarrillo y hablaba con el capataz, y luego volvió a subir de un salto al carro. Cogió él las riendas, pues a veces era difícil abrirse paso entre los otros carros, y una vez en la puerta cargó dos lecheras vacías.

—Nunca volverán —dijo Lucy.

—En cuanto sepan que estás aquí lo harán. Eso puedo prometértelo.

—¿Cómo van a saberlo, Henry?

—Recibiremos una carta suya y Bridget les contestará. O el señor Sullivan dará con ellos. En todo el condado de Cork no hay un solo hombre tan listo como Aloysius Sullivan. He oído decir eso muchas veces, muchísimas. ¿Quieres que entremos a tomar una limonada?

De todos modos tenían que entrar en la tienda de la señora McBride, que estaba junto a la carretera, para comprar los víveres que Bridget les había apuntado en un pedazo de papel. Pero Henry logró que lo de la limonada pareciese una invitación que acababa de ocurrírsele.

—Muy bien —dijo la niña.

La señora McBride trató de no mirarla a los ojos. Todo el mundo intentaba no hacerlo. El señor Aylward la había mirado fijamente al principio. Sólo una vez, pero ella se dio cuenta. Todos la miraban por lo que había hecho; le miraban el pie cojo. En el patio del colegio, Edie Hosford seguía negándose a acercarse a ella.

—¿Tiene una galleta para la señorita? —pidió Henry en la tienda, y el rostro grandote de la señora McBride se cernió de pronto sobre ella. Era como la cuña que Henry usaba para partir troncos en dos, pesada y puntiaguda.

—¿Una de nata de Kerry? —preguntó la señora McBride, y también sus dientes parecieron proyectarse hacia Lucy—. Una de nata de Kerry te irá de perlas, ¿verdad, Lucy?

Dijo que sí, aunque no entendió lo de las perlas. La carta podría haber llegado mientras tanto, y Bridget podría estar allí fuera

esperándolos, haciéndoles señas, y cuando se acercaran a ella se lo diría entre risas y muy emocionada. Tendría la cara roja y lloraría y reiría a la vez.

—¿No le parece que hace un tiempo estupendo, Henry? —comentó la señora McBride sirviéndole su cerveza negra antes de ir a hacer cualquier otra cosa—. Sobre todo teniendo en cuenta que aún estamos en abril...

—Sí, ya lo creo que sí.

—Démosle gracias a Dios.

Bridget diría que necesitaba tiempo para arreglarles la habitación. La adornarían con flores y abrirían las ventanas. Y por la noche pondrían bolsas de agua caliente en la cama. «Sacaremos el calesín», diría Henry, y lo limpiaría para dejarlo listo para ellos. Estarían enfadados con ella, pero no importaría. Por más tiempo que estuviesen enfadados con ella, no importaría.

—Oh, recuerdo que las galletas de nata son tus favoritas —dijo la señora McBride.

Rodeó el mostrador hasta situarse al otro lado, donde estaban las latas de galletas con tapa de cristal dispuestas en una hilera a lo largo del borde. Levantó la de las galletas de nata de Kerry y Lucy cogió una.

La primera vez que acudió con Henry a la lechería, él la aupó al mostrador y ella se quedó allí sentada, con su limonada, observando cómo subía la espuma de la cerveza cuando la servían. Entonces tenía seis años.

—Deme una cajetilla de diez —pidió Henry, y la señora McBride le dijo que sólo tenía de cinco, y Henry repuso entonces que le diera dos de cinco. Siempre fumaba Woodbine.

El único cigarrillo distinto que había probado era un Kerry Blue. Se lo dijo a Lucy en una ocasión. Le mostró el paquete de Kerry Blue, con el perro de la marca. El padre de Lucy fumaba Sweet Afton.

—¿Cómo está la niña, Henry?

—Ah, bien...

—¿Tiene la lista a mano?

Henry sacó la lista de la compra de Bridget y la extendió en el mostrador. La señora McBride fue seleccionando los artículos. Lucy

no le caía bien a la señora McBride, aunque le hubiera dado la galleta. La señora McBride era igual que todos los demás, a excepción de Henry y Bridget.

—No tengo mermelada de fresa, Henry. Sólo de frambuesa en tarros de medio kilo.

—¿Nos servirá la de frambuesa, Lucy? ¿Qué crees tú?

La niña asintió inclinada sobre su vaso, pues no quería hablar porque la señora McBride estaba allí. Tampoco al señor Sullivan le caía bien.

—La Keiller es una buena mermelada.

—La mejor que hay —convino Henry, aunque Lucy nunca lo había visto ponerse mermelada en el pan. Se untaba un montón de mantequilla y a veces espolvoreaba sal por encima. Decía que no era goloso.

—Las ciruelas claudias están muy buenas —dijo la señora McBride, y empezó a hablar de los bocadillos de carne que preparaba para los muchachos del ejército que acudían por las noches. Estaban en el campamento de Enniseala e iban a bailar al cruce de Old Fort. Por el camino les entraba hambre, explicó—. Mike les hace los bocadillos demasiado grandes —dijo refiriéndose a su marido—. Con dos rebanadas bien gruesas. Seguro que no hay un solo soldado que pueda hincarles el diente.

Sin escucharla ya, Lucy leyó los anuncios: el del jabón Ryan y los de carne en conserva, whisky y cerveza Guinness. Una vez le preguntó a su padre qué era Guinness cuando lo vio escrito, y él le dijo que era lo que bebía Henry. Había también por allí una botella de whisky que alguien se había dejado, a la que sólo le faltaba un poquito. Era de Power's.

—Gracias —dijo Lucy una vez en el carro cuando Henry hubo encendido otro cigarrillo. Las bolsas de papel gris con la compra estaban a sus pies. A lo lejos se veían otros dos carros que se llevaban también las lecheras vacías.

—Arre, vamos —azuzó Henry al caballo sacudiendo las riendas, y luego se echó un poco hacia atrás el sombrero para que el sol le diera en la frente. Ya le habían salido las primeras pecas.

Vio que la mariposa desaparecía y luego volvía a aparecer, que los arrugados dedos del mago se abrían en gesto triunfal, que las alas de la mariposa desplegaban lentamente reflejos rosas y dorados. La expresión del mago no cambiaba. Siempre tenía aquella sonrisa de labios apretados, aquella mirada fija, con las mejillas apergaminadas. Sólo sus brazos se movían.

Oyó las pisadas de Everard en las escaleras y luego la llave en la cerradura. Entró con la compra. También había estado en la estación, dijo.

—¡Qué bueno eres conmigo! —musitó Heloise.

Durante meses, mientras ella hacía reposo, él le leía libros en inglés que conseguía en una librería que estaba a dos calles de allí. Le hacía la comida y le lavaba los camisones, le cepillaba el cabello y le llevaba el maquillaje. La escuchaba cuando recordaba momentos de su infancia. En el mercadillo de los sábados compraba tazas y platos de té, piezas de vajilla y adornos de porcelana para hacer más suyas aquellas habitaciones, y guardaba entonces lo que les habían prestado.

Observó cómo le daba cuerda al mecanismo del mago. Lo había comprado para que ella se distrajera mientras hacía reposo, hasta que un día, a primera hora de la mañana, ella perdió al bebé y el doctor al que habían llamado no supo qué decir cuando se enteró de los abortos que había tenido en el pasado. Compasivo pero firme, sus instrucciones fueron que no volviera a intentarlo.

—Si te apetece a ti... —dijo Heloise cuando el juguete de cuerda se quedó inmóvil—. Sí, sería agradable.

Temiendo que el abatimiento se apoderara de ella, el capitán le había sugerido visitar las grandes ciudades italianas. «Sólo de vez en cuando... —insistió—, a pasar una semana o así...» Le leyó trozos de una guía que había comprado, y le mostró fotografías de edificios y esculturas, de frescos y mosaicos.

—Sí, por qué no —repuso ella ante sus intentos de persuadirla—. Sería agradable ir a un sitio diferente.

Y, sin embargo, Montemarmoreo era toda la diferencia que importaba; bien podría haberle dicho eso también. Su pequeño *appartamento* sobre la tienda de calzado, sus pertenencias, que iban aumentando, los paseos que ahora reanudarían: en todo aquello había una especie de paz. Que *cucchiaio* significase «cuchara», que *seggiola* fuera «silla» y *finestra* «ventana», que todas las mañanas, justo enfrente, el portero del Credito Italiano abriese las puertas para que los empleados que aguardaban entrasen en el banco, que la mujer del Fiori e Fruta hubiese empezado a decirle algo más que unas cuantas palabras, que se despertara con el repicar de las campanas de la iglesia de Santa Cecilia, la santa que con su valor ante las tribulaciones había inspirado a la ciudad durante siglos: todo aquello era paz, tanta como podía haber.

Las pálidas manos del mago estaban de nuevo en alto y la mariposa apareció, para luego desvanecerse y volver a aparecer. Los horarios que Everard había copiado en la estación —enlaces de trenes, una selección de ciudades— fueron examinados con atención.

—¿Y si abrimos el vino un poco más temprano esta noche? —sugirió Heloise.

Las visitas del señor Sullivan continuaron, tal como había prometido. También el canónigo Crosbie acudía desde Enniseala para asegurarse de que estaban educando a Lucy en la fe protestante. Cuando iban a misa los domingos, Bridget y Henry llevaban a la niña con ellos a Kilaوران, donde tenía que esperar media hora a que diera comienzo el servicio en el pequeño barracón de chapa de cinc pintada de verde donde se congregaba la Iglesia de Irlanda. Aunque sabía que la niña asistía a los servicios religiosos dominicales en Kilaوران, puesto que los oficiaba su coadjutor, el canónigo Crosbie decidió comprobar por sí mismo cómo andaban las cosas en Lahardane.

—¿Y te acuerdas de rezar todos los días, Lucy? —Jovial en su vejez, como sugería su sonrisa inocente y el cabello totalmente blanco, el canónigo Crosbie le guiñó un ojo a la niña por encima del té que Bridget les había servido en la mesa del comedor—. ¿Quieres recitarme el padre nuestro?

—Padre nuestro que estás en los cielos... —empezó Lucy, y continuó hasta el final.

—Bueno, eso está muy bien.

Antes de marcharse, el canónigo Crosbie le dio un libro titulado *Las niñas de Santa Mónica*, pensando que las cosas habrían sido muy distintas si hubieran enviado a la niña a un internado. El canónigo no dudaba de que ésa habría sido la intención de la familia, pero cuando más tarde le sacó el tema a Aloysius Sullivan, éste repuso que carecían de fondos para ello. Hasta que regresaran sus padres, Lucy Gault seguiría siendo educada en la pequeña aula del señor Aylward.

Para entonces, la tregua que había seguido a la insurrección en Irlanda había dado paso a la guerra civil. El nuevo Estado Libre de Irlanda se vio sangrientamente desgarrado, al igual que ciudades, pueblos y familias. La terrible belleza de un destino cumplido arrastró tras de sí un ensañamiento pavoroso que persistiría en el recuerdo hasta mucho después de que el conflicto concluyera, en

mayo de 1923. Hacia finales de ese mismo mes, el señor Sullivan recibió una carta de la señorita Chambré en la que le hacía saber que la tía de Heloise Gault —a quien había informado, cuando su salud mejoró, de la partida de su sobrina de Irlanda— deseaba reconciliarse con su sobrina. Al enterarse de que se desconocía el paradero de Heloise, le había dado instrucciones a la señorita Chambré de poner anuncios en varios periódicos ingleses, esperando que alguien respondiera al aviso. El hecho de no obtener respuesta fue causa de considerable decepción. «Era de suponer —escribía la señorita Chambré—, pero en aras de la tranquilidad de mi anciana señora me creo en el deber de solicitar que me informe cuando reciba usted noticias de Heloise Gault. Como es natural, he seguido ocultándole a mi señora la conducta de su hija.» El señor Sullivan exhaló un suspiro. El podría haber puntualizado, aunque no lo había hecho, que la conducta de Lucy había generado su propio castigo, algo que había confirmado en sus conversaciones con Bridget y gracias a su continuada observación de la pequeña. Le resultaba evidente además que el desconcierto se había apoderado de la casa de Lahardane, de una forma tan infructuosa como la agitación que perturbaba sus pensamientos cuando se detenía a reflexionar en todo lo ocurrido. El abogado, que vivía con la sola compañía de un ama de llaves, guardaba para sí el verdadero alcance de sus preocupaciones, aunque ocasionalmente y en vano las mencionara en presencia de su empleada.

Despertándose con frecuencia por la noche en un estado similar, Bridget permanecía tumbada e insomne, a la espera de que Henry abriese los ojos para que volviera a relatarle una vez más cómo había sido el instante en que descubrió el bulto entre la maleza y las piedras caídas. El perro con el que la niña había trabado amistad también había escapado y no habían vuelto a verlo: para Bridget, y para Henry asimismo, aquello parecía encajar con todo lo que había sucedido, aunque con el tiempo ambos descartarían esa suposición, considerándola una fantasía.

Mientras en Lahardane reinaba la confusión, el relato de la tragedia que se había abatido sobre la casa solariega se había hecho un lugar entre las historias de desgracias que se contaban en los alrededores: en Kilauran y en Clashmore, en Ringville y en las

calles de Enniseala. El infortunio que una niña se había causado a sí misma se había convertido en tema de conversación, y a los forasteros les parecía cosa de leyenda. Los visitantes de aquella tranquila costa escuchaban y quedaban asombrados. Los viajeros que iban de un lado a otro tomando pedidos de sus mercancías difundían la historia por poblaciones alejadas. Las conversaciones en los bares y en las mesas de té y en las de juego se veían animadas por los rumores sobre aquel caso.

Como sucede a menudo con los relatos de viajeros, la imaginación superaba la realidad. Sucesos prestados y añadidos donde era necesario se convertían en incuestionables a fuerza de repetirlos. Estimulados por los sucesos de Lahardane, los recuerdos se colaban en las casas mezclándose con las historias familiares: para haber padecido una desgracia tan cruel, los Gault sin duda habrían traicionado a algún criado que acabó en la horca, o se habrían evadido de la justicia, o habrían hecho valer con excesiva altanería sus privilegios. En los relatos que se contaban, las sutilezas que entorpecían la pulcritud de la narración simplemente se obviaban. La sobria realidad de lo que había sucedido se vio, pues, coloreada y enriquecida, y en general mejorada. El viaje que habían emprendido los afligidos padres se convirtió en un peregrinaje en busca de la absolución de unos pecados que variaban según las versiones.

—El viejo duque de York... —cantaban los niños en la celebración de Navidad en el aula del señor Aylward— tenía diez mil hombres...

Los carteles de ortografía y la pizarra habían sido decorados con globos, el acebo alegraba los mapas y los retratos de reyes y reinas que había llevado el señor Aylward. Sirvieron la merienda para los quince niños, que estaban sentados en bancos en torno a las cuatro mesas juntas: bocadillos, bizcocho y pasteles moteados de grageas de colores. El aula se quedó casi a oscuras. En las dos ventanas pendían sendas cortinas prestadas, y el señor Aylward hizo sombras chinescas con los dedos contra una sábana blanca: un conejo, un pájaro y la cara de facciones marcadas de un viejo.

Tras salir de clase, Lucy se fue a casa por la playa, sola en la oscuridad que se avecinaba, mientras el furibundo mar invernal se revolvía a su lado. Tenía la esperanza, como siempre que pasaba por la playa, de que el perro hubiese vuelto, de que corriese hacia ella a trompicones acantilado abajo, ladrando como solía. Pero nada se movía, a excepción de lo que se llevaba el viento, y el único sonido era su aullido incesante y el restallar de las olas. «No te acerques», había vuelto a decirle Edie Hosford; no quería que ella lo tocara cuando jugaban a naranjas y limones.